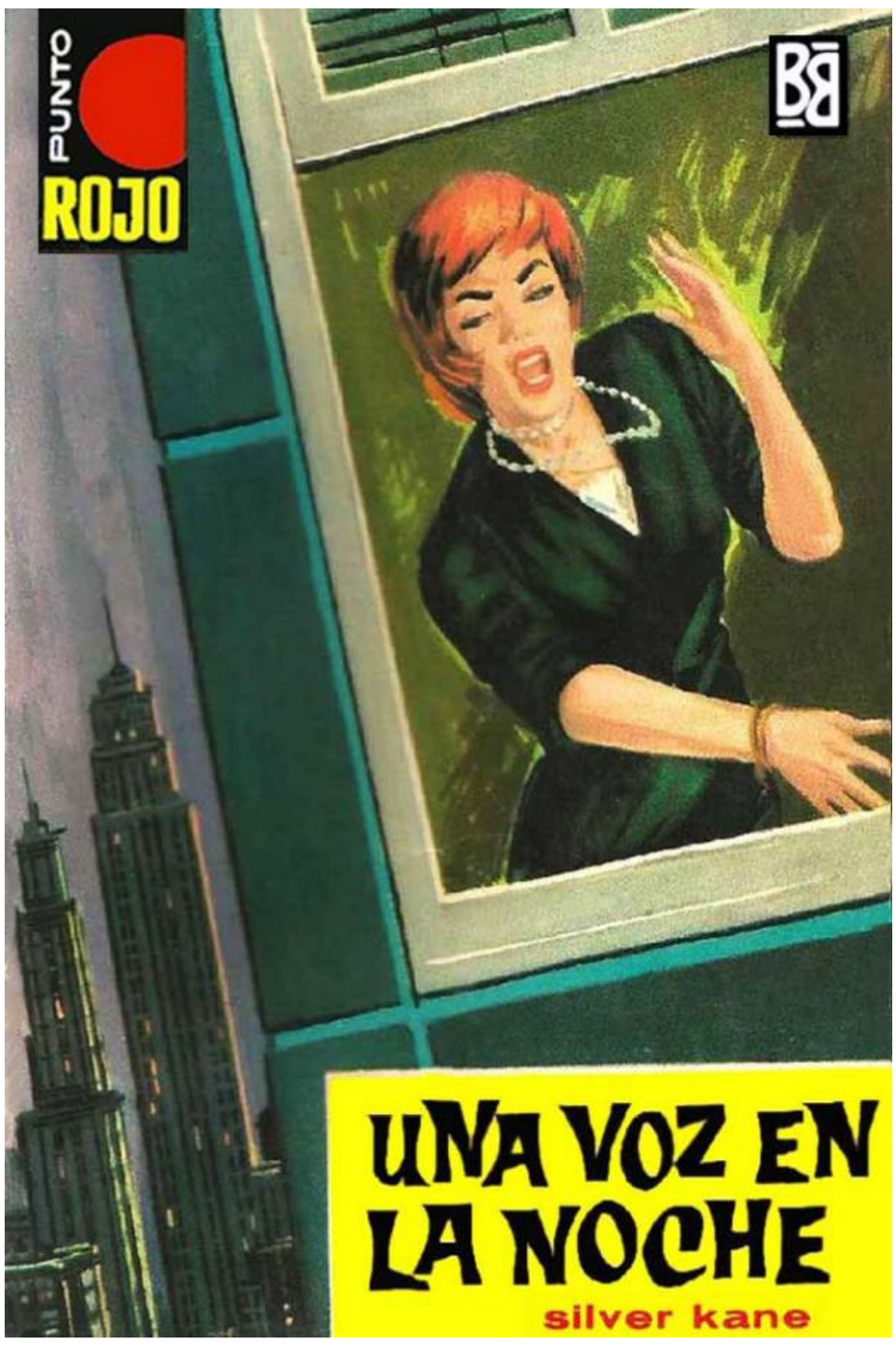


PUNTO
ROJO

B&B

The illustration depicts a woman with short, reddish-brown hair, wearing a dark green dress and a pearl necklace. She is shown from the chest up, leaning out of a window frame. Her mouth is open as if she is shouting or singing, and her hands are pressed against the glass. The background outside the window is a dark, greenish-yellow, suggesting a night scene. To the left of the window, a tall, dark skyscraper, resembling the Empire State Building, is visible against a dark sky. The overall style is reminiscent of mid-20th-century pulp magazine art.

UNA VOZ EN LA NOCHE

silver kane

UNA VOZ EN LA NOCHE

SILVER KANE

**UNA VOZ
EN LA NOCHE**

**1.^a EDICIÓN
FEBRERO - 1963**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA**

DEPOSITO LEGAL B 29.564 - 1962

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE - 1963

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

N. R. 6769/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

789. — Lobos sobre Méjico.

En Colección SERVICIO SECRETO:

606. — Un regalo para el muerto. 610. — Ataúd «B-4».

En Colección BUFALO:

347. — Los ojos del pistolero. 420. — La danu negra.

En Colección TEXAS:

335. — Una mujer de *saloon*.

En Colección CALIFORNIA:

315. — Miss Muerte.

En Colección COLORADO:

208. — Su último desafío.

En Colección KANSAS:

232. — Estrella negra.

En Colección ASES DEL OESTE:

194. — Siete horcas.

En Colección BRAVO OESTE:

47. — Las huellas del diablo. 67. — El paso de Satán.

En Colección PUNTO ROJO:

38. — Detrás de la niebla.

**Una
VOZ
en la NOCHE**

don SILVER KANE



INTRODUCCIÓN

—Nueva York es una ciudad misteriosa y extraña —dijo Jim Reynolds mientras daba un largo trago, extrayendo el jugo de su botella de *whisky*.

Su amigo Rudolf, el soltero que celebraba la despedida de los días felices, porque se casaba la semana próxima, hizo una mueca mientras bebía su décimo combinado de la noche.

—¿Por qué dices eso?

—Digo también que Nueva York es una ciudad siniestra. Y lo más siniestro de ella son las ventanas de los rascacielos.

Bebió otro trago, mientras ajustaba el largavista que estaba acoplado a una de las ventanas del piso de su amigo, y desde el que éste se entretenía en cazar deshábills de señoritas a la hora de irse a dormir, aunque rara vez tenía suerte.

—Mira —dijo.

—No sé si podré. Me parece que..., ¡hum! Creo que he bebido ya... más de la cuenta.

—Yo también, pero..., ¡uf! Inténtalo.

Rudolf se acercó casi a gatas. Su amigo no estaba mucho mejor que él. Apenas se sostenía.

—¿Qué he de mirar?

—Está enfocado..., hacia la ventana.

Rudolf miró. Vio la torre, la parte más alta de uno de los rascacielos más hermosos de Nueva York, destinado exclusivamente a lujosas oficinas o a apartamentos privados de millonarios. Vio especialmente una ventana, la que estaba enfocada por el largavista.

De esa ventana colgaba el cuerpo de un hombre espantosamente quieto, aunque zarandeado por la lluvia que azotaba la ciudad

entera.

Aquel hombre estaba colgado de una correa. Muerto.

A su lado, mirándolo, casi colgado del alféizar de la ventana, estaba también otro hombre.

Todo había empezado pocas horas antes...

CAPÍTULO PRIMERO

Bonita cosa vivir en el punto más alto de la torre de un rascacielos de Nueva York, con una preciosa vista sobre la ciudad, las aguas del río y, a lo lejos, el estuario a cuya entrada se alza la estatua de la Libertad.

Bonita cosa tener un bar con los licores más finos, más selectos y más caros, traídos de las cinco partes del mundo.

Más bonito aún tener una doncella que antes quiso ser artista de cine en Hollywood, y que no lo consiguió porque había en ella demasiadas curvas, cuando en los últimos años se habían puesto de moda las actrices delgaditas.

Y mucho más bonito aún tener todo eso sin dar golpe, gracias a la herencia de papá y a unos cuantos negocios de transporte con las repúblicas sudamericanas, donde los empleados cobran meaos que un obrero asiático.

Todo eso lo tenía Stephen Laxon.

Fea cosa, en cambio, es tener cincuenta años, cuando las mujeres no se fijan en uno ni por casualidad. Y si se fijan es en el corazón, precisamente porque encima del corazón se suele llevar la cartera.

Fea cosa también es ser medio calvo, tener una papada debajo de la barbilla y un vientre que los pantalones muy bien cortados a la medida ya no podían disimular.

Fea cosa que, a pesar de todo eso, las mujeres le gusten a uno mucho más cada día. Todo eso le ocurría también a Stephen Laxon.

Dio unos pasos, impaciente, por su lujoso apartamento, y consultó la hora. Pensó que aquella bruja tenía que haberle llamado ya.

Tomó el teléfono.

—¿Sandra?

—Hola, míster Stephen.

—¿Qué hay de eso? ¿Me va a hacer esperar toda la tarde? He de salir.

—No, no voy a hacerle esperar, míster Stephen. Todo va arreglarse. Ella está ya aquí. Stephen Laxon colgó el teléfono.

Al otro lado de Nueva York, en un apartamento de Jersey City, una mujer colgó el teléfono también.

Era una mujer todavía joven, elegante, pero que empezaba a estar marchita. Unas suavísimas bolsas bajo su cuello delataban ya una primera operación de cirugía estética. Vestía a la última moda de las tiendas de la Quinta Avenida y fumaba lentamente un cigarrillo perfumado.

Al colgar el teléfono miró hacia la puerta, en cuyo marco se recortaba la figura de una mujer.

Aquélla sí que era otra cosa.

Nada de bolsas bajo el cuello ni de indicios de cirugía estética. Nada de última moda, porque uno, al ver a aquella mujer, no pensaba en los vestidos que llevaba puestos. Nada de cigarrillos, que hubieran estorbado para besarla. Nada de nada excepto ella, ella misma, su cuerpo juvenil y prieto, tenso como un arco, sus labios túrgidos, sus ojos color miel, sus cabellos donde a uno le hubiera gustado perderse.

La dama del cigarrillo la miró pensativamente. No dijo nada.

Su silencio pareció reflejar envidia y ese rencor ante algo que las mujeres no perdonan nunca: la juventud y la belleza de las otras.

—Eres Nora Lane, ¿no? —preguntó suavemente.

—Sí, señora.

—Acércate.

Nora se acercó, sentándose en una de las butacas. Tenía las rodillas más perfectas que pueda tener una mujer. Sus medias, no demasiado finas, brillaron tenuemente.

—Ahora mismo —dijo Sandra con la misma suavidad— estaba hablando con el señor Stephen Laxon.

—Sí, claro... Comprendo.

—El que hayas venido aquí ya es una buena señal. Eso significa que has accedido. Nora entrelazó los dedos nerviosamente, mientras hundía la barbilla sobre el pecho.

Su respiración se hizo agitada, casi violenta. Sentía la sangre latir bruscamente en sus sienes, a impulsos de la tempestad interior que se había desencadenado dentro de su pecho.

—Ojalá se muriera —jadeó—. Hombres así ni siquiera tendrían que haber nacido.

—Y mujeres como yo tampoco, ¿verdad? —preguntó Sandra, mientras expulsaba una bocanada de humo.

—Yo no digo tanto.

—Porque no te atreves, muñeca.

—¡Cállese!

Nora Lane se había clavado las uñas en las palmas de las manos. Oía, como una cosa muy lejana, el rechinar de sus propios dientes. Advertía que Sandra, en el fondo, se estaba divirtiendo con ella.

—¿Se da cuenta de lo que esto significa para mí? ¿No han pensado que lo que hacen es lo más miserable y rastroso del mundo?

—La ciudad es una selva —dijo ásperamente Sandra— y el hombre que puede cazar en ella caza sin detenerse a reflexionar en el sufrimiento de la víctima. A Stephen Laxon le gustas y está dispuesto a pagar. Lo demás no importa.

Nora Lane alzó los ojos hacia ella, unos ojos que parecían hundidos y donde el dolor había dejado su huella profunda.

—¿Y usted qué gana con esto? —susurró.

Sandra avivó la llamita del cigarrillo y por primera vez en sus ojos pareció brillar una chispita nostálgica. Pero fue solo un momento, y detrás del humo aquella chispita ni siquiera llegó a verse.

—Yo también fui joven —dijo Sandra—, también fui endiablidamente bonita, como tú eres ahora, y también me deseó un hombre poderoso igual que Stephen Laxon. O quizá fue el mismo Stephen Laxon el que me hizo la proposición, ya no lo recuerdo. El caso fue que acepté y me acostumbré al lujo. Nueva York es una ciudad sórdida y horrible, pero si uno la domina con su dinero se puede convertir en la ciudad más agradable del mundo, porque aquí todo se compra y se vende. Los años me fueron enseñando que el dinero lo es todo y que, lo ganes como lo ganes, el dinero siempre tiene el mismo color. Nadie te pregunta cómo lo has conseguido, y todo el mundo se inclina ante ti para ver si sueltas alguna

moneda... —Hizo una pequeña pausa y añadió—: Hace ya tiempo que Stephen Laxon me paga un buen sueldo para que le consiga el amor de mujeres como tú. Sé que mi oficio tiene un nombre muy feo, pero a mí no me importa. Sólo sé lo que cobro por él.

Nora Lane sintió náuseas y un violento y salvaje deseo de escupir en la cara de aquella mujer.

Pero se contuvo.

No estaba en situación de escupir a nadie. Ella no tenía dinero, y por lo tanto no contaba. Ella, Nora Lane, era de las que se inclinan para ver si los otros sueltan alguna moneda.

—¿Qué decides? —preguntó Sandra, imperiosa.

—Yo..., yo quiero hablar con mister Stephen Laxon.

—¿Pretendes convencerle para que te ayude desinteresadamente? No seas estúpida, ni siquiera te escuchará. Stephen tiene demasiadas horas de vuelo y le interesa tu cuerpo, no tus palabras. Por eso me hace intervenir a mí en esos asuntos, para no tener que escuchar las súplicas de la mujer que se niega a rendirse.

—Nadie puede negarse a ayudar a una mujer cuyo hijo se está muriendo. Nadie, aunque tenga un corazón de hiena, puede desoír esa súplica.

—Stephen Laxon sí. Stephen no tiene un corazón de hiena; simplemente, no tiene corazón.

Depositó su cigarrillo en el cenicero y continuó:

—De todos modos, no puedes acusarle de falta de generosidad. El trato que te hace es más que razonable. Nadie va a enterarse de nada, y mucho menos tu hijo. Seguirás siendo una viuda honorable como hasta este momento. A cambio de que le distraigas un poco, Stephen te ofrece internar al pequeño en el hospital que tú misma has elegido, y además en habitación especial; hacerle operar por el médico que tú has designado, el único en los Estados Unidos que realiza esas operaciones cerebrales, y encima darte un buen puñado de dólares para que te lo lleves al campo durante la convalecencia. —Encendió otro cigarrillo nerviosamente—. No, no puede decirse que Stephen Laxon no te haga un buen trato. Tiene el defecto de querer comprar cosas difíciles, pero, cuando compra una cosa la paga bien.

Nora se había clavado ya las uñas en las palmas de las manos sin

darse cuenta.

—Yo no pido tanto... —susurró—. Pido sólo para los gastos de la operación. Para pagar el resto trabajaré día y noche. Le devolveré a míster Laxon hasta el último céntimo.

—Ta, ta, ta... —hizo Sandra, como si reprendiera a una niña—. Cállate, pequeña idiota.

¿Dónde has oído decir tú que trabajando se gane dinero? El dinero sólo se consigue haciendo trabajar a los demás, y tú no estás en situación de hacer trabajar a nadie. Sigue mi consejo y accede. No volverás a tener una oportunidad así.

Nora hundió la cabeza, vencida, mientras a sus ojos asomaban dos lágrimas.

Fue a sacar un pañuelo del bolso para enjugarse el llanto, y entonces resbaló una pequeña carterita hasta el suelo. La carterita quedó abierta por el lugar donde estaba la fotografía de su hijo.

Los ojos de Nora sufrieron como una crispación.

—Cielos... —susurró.

—Acepta, tonta —insistió Sandra, dándose cuenta de que estaba ante el momento más favorable.

Nora Lane apretó los labios.

—Iré a ver a Stephen Laxon —susurró—, pero no para lo que él espera. Tendrá que oírme, y si algo de corazón le queda me ayudará.

—Si él quiere ayudarte desinteresadamente, ya no es asunto mío.

Y Sandra se puso en pie, con un ademán enérgico, mientras aplastaba en el cenicero, su cigarrillo apenas empezado.

—¿A qué hora? —preguntó Nora.

—Exactamente a las doce de la noche.

—¿Tan tarde?

—Míster Laxon suele salir todas las noches. Visita los clubs nocturnos, se distrae un rato y sobre las doce vuelve a su apartamento. Tú deberás estar allí a medianoche en punto. ¿Conoces la dirección?

—Sí...

—¿Qué te ocurre?

Nora temblaba porque se daba cuenta de que la hora era muy poco propicia para pedir favores. Por la tarde hubiera sido distinto.

Pero se calló.

—¿Irás?

—Iré —prometió en un susurro.

Cuando salió a la calle le pareció que todo daba vueltas en torno suyo. Estaba tan asqueada, tan aturdida, que cuando un autobús estuvo a punto de arrollarla ella no se apartó. El conductor logró frenar y le dijo algo grueso a través de la ventanilla.

Nora Lase volvió a su casa, un humilde departamento de una sola pieza, en el Bronx, y permaneció allí varias horas, sin moverse de junto al lecho donde descansaba su hijo.

A las once y media le dio una toma de la medicina que le habían recetado.

A las siete de la madrugada le correspondía otra toma. La puntualidad era muy importante, tanto que el niño podía morir si no se le administraba la medicina a su hora, pero Nora estaba segura de haber regresado ya a las siete de la mañana siguiente.

Procurando qué el niño no la viera llorar, Nora le dio un beso en la frente y salió de la casa.

El pequeño era muy juicioso y dormiría solo, sin asustarse. Estaba acostumbrado ya a que su madre, después de la jornada diurna en un despacho, trabajara por la noche corrigiendo pruebas en un periódico.

Nora, en el portal, se subió las solapas del modesto abrigo, mientras miraba al cielo. Hacía una noche de perros.

Por la derecha, hacia Jersey City, brillaban los relámpagos. Encima de Brooklyn y Manhattan el cielo estaba encapotado y lloviznaba. El viento iba arreciando y se oía mugir el río con la furia de un animal contenido a duras penas.

No era difícil suponer que aquélla resultaría una de las peores noches del año.

Nora tomó el último elevado y luego el Metropolitano, descendiendo cerca de Times Square. Desde allí fue andando hasta la puerta principal del lujoso rascacielos en cuya cima tenía su imperio secreto un hombre como Stephen Laxon.

Un conserje parecía estarla aguardando.

Tenía una cara delgada, carcomida, y unos ojos viciosos que recorrieron a la mujer de punta a punta en menos de unos segundos. «Debe ser uno de los hombres de confianza de Laxon»,

pensó Nora con repugnancia.

Pero ya no podía volverse atrás.

—Supongo que usted desea ver a míster Laxon —dijo el hombre.

—Sí.

—Ha dado orden de que no se le molestase y de que no dejara subir a persona alguna excepto a usted.

Nora no contestó, limitándose a morderse los labios.

—Yo soy su conserje particular —explicó el hombre—. Estoy al cargo de su apartamento, al que sólo puede llegarse por medio de un ascensor privado. Mire, es éste.

—¿Ha llegado ya míster Laxon? —preguntó Nora.

—Sí. Hace unos minutos.

—Gracias.

Hubiera deseado que nadie la viese, hubiera querido que la tierra se la tragara. Pero la tierra no se lo traga a uno solo porque uno lo desee.

Nora Lane se introdujo en el ascensor. El conserje pulsó un botón y la caja subió como un bólido.

CAPÍTULO II

Mientras subía, Nora ojeó su reloj.

Las doce en punto de la noche. No podrían quejarse de su puntualidad. Muchos años de trabajar en sórdidos despachos donde las entradas y salidas se calculaban a la décima de segundo, la habían enseñado a medir exactamente el tiempo.

Cuando llegó a la torre, eran exactamente las doce y tres minutos.

El apartamento de Stephen Laxon debía ocupar toda la parte alta del edificio, y constaba al menos de tres pisos, pero sólo tenía una entrada. Una inmensa puerta de metal blanco donde se veían las iniciales «S. L.» trabajadas en oro.

Nora respiró con angustia, se dijo que tenía que ser fuerte y se dispuso a pulsar el timbre.

No cedería. Le haría comprender a aquel hombre lo miserable de su actitud. Nadie puede negar su ayuda a un ser humano que va a morir, y menos cuando ese ser humano es pobre niño.

Nora confiaba en ello.

Apoyó el pulgar en el timbre, y el timbre no sonó. Volvió a insistir. Hasta transcurridos un par de minutos no se convenció de que el timbre debía estar estropeado, cosa increíble en un apartamento aislado y donde todos los mecanismos debían funcionar a la perfección.

Fue a llamar con los nudillos, y entonces se dio cuenta de algo más increíble aún.

La puerta sólo estaba entornada. Cedió silenciosamente cuando ella apoyó la mano en su superficie.

Más allá había un gran vestíbulo, lujosamente amueblado, cuyas luces estaban encendidas.

Nora entró, oyendo en el silencio de la habitación el ruido quedo de sus propios tacones.

—Míster Laxon —llamó—. Míster Laxon... Nadie le contestó.

Como ya le había ocurrido otras veces, se le nublabla la vista.

«Debe haber despedido al servicio por esta noche —pensó Nora, mientras, avanzaba poco a poco—. Seguro que es ésa su costumbre siempre que...»

El pensamiento penetró hasta el fondo de su cerebro como un hierro al rojo, haciéndole daño. Sintió que sus rodillas flaqueaban y por un momento tuvo el impulso de salir.

Pero no podía. Le era indispensable conseguir ayuda para su hijo, y precisamente esta noche. Mañana sería ya demasiado tarde.

—Míster Laxon... —insistió.

Cruzó el vestíbulo, empujó una puerta y se encontró en una enorme biblioteca cuyas luces también estaban encendidas. Había miles de volúmenes allí, miles de volúmenes espléndidamente encuadernados y tan intactos que seguramente nadie los había leído nunca. Varios butacones tapizados en piel roja estaban diseminados por la inmensa sala. A través de los amplios ventanales se distinguía una vista maravillosa de Nueva York, azotada por la tormenta.

Nora contuvo la respiración.

No se oía ningún sonido en la casa. No se veía a nadie.

Atravesó la biblioteca y abrió otra puerta, la primera que encontró en su camino. Ésta daba a un fantástico dormitorio tallado en caoba clara, muy bien iluminado y donde había espejos colocados por todas partes.

Fue uno de esos espejos el que le hizo verlo.

Estaba allí, quieto, sentado en una butaca. La miraba a ella. En su mano izquierda descansaba un cigarrillo humeante.

La muchacha contuvo la respiración mientras sentía que todo su valor flaqueaba, que sus rodillas se negaban a sostenerla.

La mirada fija, implacable de aquel hombre indicaba que no cedería. Pero Nora tenía que hacerlo. Respiró con angustia y se acercó.

—Míster Laxon... El no se movió.

—Míster Laxon, por favor, escuche...

Las luces de la habitación temblaron cuando un rayo pasó casi rozando las ventanas, produciendo un resplandor fantasmagórico.

Nora se cubrió los ojos instintivamente mientras lanzaba un grito.

Pero Stephen Laxon no lo hizo. Stephen no se movió.

Nora abrió la boca y la cerró de nuevo lentamente, con una especie de estupor. El resplandor había sido tan vivo que cualquier persona hubiera cerrado los ojos instintivamente. Stephen no lo había hecho. ¿Por qué? ¿Por qué no había movido un músculo siquiera?

Nora se acercó más, temblorosamente, notando que un horrible presentimiento se le clavaba en el corazón como una garra.

El cigarrillo encendido estaba quemando ya los dedos del hombre, pero éste no se movía.

Fue entonces, cuando Nora contempló de cerca sus ojos y lanzó un angustioso grito de terror.

Porque ahora se daba cuenta de que Stephen Laxon no era más que un cadáver.

CAPÍTULO III

Nora se llevó las manos a la boca, conteniendo su gemido de horror, mientras un espasmo subía hasta su garganta y parecía cortar la respiración.

Sí, Laxon estaba muerto.

Ahora veía ella con claridad sus ojos vidriosos, las manos demasiado rígidas, la boca torcida en una mueca que era a la vez de agonía y de horror. Veía también el cigarrillo consumiéndose entre los dedos del muerto, quemando su piel.

Sintiendo que se ahogaba, notando que las rodillas se negaban a sostenerla, Nora rodeó la butaca en la cual se hallaba sentado el cadáver de Laxon.

Un pequeño puñal se encontraba clavado en la nuca de éste. Un estilete tan fino como un bisturí y tan agudo como un alfiler. Debía haber causado la muerte instantánea, sin que se derramara no obstante una sola gota de sangre.

Nora tardó largos minutos en reaccionar. Tres, tal vez cuatro.

Durante ese tiempo, que le pareció interminable, miró el cadáver con una absoluta expresión de horror.

Luego reaccionó. Lo hizo de una forma frenética, alocada, mientras sentía que la iba venciendo el pánico. Había que avisar a la policía cuanto antes. No podía seguir sola ni un minuto más allá.

Tomó el teléfono mientras las ventanas eran iluminadas tétricamente por un nuevo relámpago.

El rascacielos tenía central propia. Una voz agradable correspondió a Nora al descolgar ésta el teléfono.

—¿Qué número desea?

—Con el precinto de policía más próximo, por favor.

—¿Es el departamento del señor Laxon?

—Sí... Sí, el del señor Laxon.

Se oyó un timbrazo lento y monótono que, por debajo de Nueva York, parecía llegar hasta el fondo de la tierra. Después una voz ronca y algo cansada que preguntaba:

—Precinto de policía número once. ¿Qué desea?

Nora se contempló a sí misma en uno de los espejos del vestíbulo, con el auricular en la mano. Fue entonces, viéndose reflejada como una persona extraña, cuando lo pensó. Cuando se dijo que llamar a la policía podía ser la equivocación más irreparable de toda su existencia.

En efecto, la primera sospechosa sería ella misma. Llegarían a procesarla, y la maldita arpía que la había hecho venir allí declarararía en su contra. Bastaría con decir que ella había llegado al departamento para pedir una ayuda que Laxon no estaba dispuesto a prestarle sino en determinadas condiciones. Los del jurado pensarían que Laxon trató de imponerse y que ella lo mató. O que tal vez ya tenía pensado asesinarle. De un modo u otro significaba la cárcel para muchos años.

Nora apretó los labios. Su hijo...

¿Qué iba a ser de su hijo si ella era detenida? ¿Quién iba a salvarle si la condenaban aunque sólo fuera a dos años de cárcel?

Además, si la policía llegaba hasta allí atendiendo a su llamada, la interrogarían al menos. Le harían preguntas durante largas horas. Y ella necesitaba estar de regreso antes de las siete de la mañana... ¡Necesitaba hacerlo así o su hijo moriría!

La voz desde el otro lado del cable repitió:

—¿Qué quiere? ¿Quién llama?

—Nada... —balbució Nora—. Nada... Es una equivocación. Colgó el auricular.

Apenas había terminado de hacerlo, respirando con una infinita sensación de cansancio, cuando el timbre del teléfono sonó lentamente.

El sonido repercutió mil veces en el cráneo de Nora, haciéndole lanzar un gemido de horror.

Su vista se nublaba de nuevo. Descolgó el auricular.

—Diga...

Era la encargada de la centralita.

—¿Ha terminado de comunicar? —preguntó con su voz bien

timbrada—. ¿De veras no necesita que yo dé algún mensaje?

—No... De verdad que no. Gracias. Nora colgó desmayadamente.

Sabía lo que la encargada de la centralita estaba pensando. No debía ser la primera mujer que desde aquel departamento, asustada por las apremiantes exigencias de Laxon, intentaba llamar a la policía. Luego todas debían pensarlo mejor. Aquella muchacha invisible que estaba en la centralita durante la noche debía haber sido testigo lejano de muchas capitulaciones como aquélla.

Desde su puesto, tal vez en los sótanos del edificio, debía pensar con indiferencia o con pena: «Una más».

Nora miró con horror el teléfono silencioso, pensando que debía hacer algo inmediatamente.

Y lo único que se le ocurrió fue lo menos eficaz, lo menos inteligente, pero también lo más primitivo: Huir.

Recogió su bolso mirando a su alrededor para convencerse de que no dejaba olvidado nada, y abrió la solemne puerta que daba al descansillo.

Un silencio impresionante, como de tumba, parecía reinar en todo el edificio.

Pulsó el timbre para llamar al ascensor privado, pero éste no funcionaba. Tardó bastante en responder a la llamada. Cuando oyó el ruido de los mecanismos en funcionamiento, Nora exhaló un suspiro como de liberación, porque quedarse aislada en la torre del rascacielos hubiera sido tan angustioso como perderse en el desierto.

Casi cuatro minutos más tarde, el ascensor llegó al último piso, donde aguardaba Nora. Un loco pensamiento se apoderó del cerebro de ésta.

«Ahora, cuando abra la puerta del ascensor, el asesino se lanzará sobre mí. El asesino estará ahí dentro, aguardando...»

Pero dentro de la cabina no había nadie. Los cristales y los cromados brillaban en el silencio dando una sensación de reposada riqueza. El silencio en toda la torre del rascacielos seguía siendo absoluto.

Nora se sintió repentinamente liberada cuando empezó a descender, como si sólo con alejarse físicamente del cadáver bastara para que nadie sospechase de ella.

Repentinamente, en la calle, le pareció como si todo hubiera sido tina extraña y lejana pesadilla.

La gente salía de los espectáculos, tomaba los últimos servicios del autobús, entraba en los bares aún abiertos y hacía rodar los coches por el asfalto brillante. Miles de anuncios luminosos guiñaban su mensaje en la noche sacudida por los relámpagos. Nueva York vibraba con todo su ímpetu, con toda su incontenible juventud.

Nora llegó a convencerse de que ella no había visto el cadáver de Laxon, de que todo era como un espantoso y maldito sueño.

Hasta que de pronto notó aquello.

Ya lo había notado otras veces y estaba dispuesta a remediarlo, pero nunca se sintió tan angustiada como ahora. De pronto todo se había vuelto borroso, inconcreto, oscuro. No vio que estaba llegando al borde de la acera y ni tan siquiera vio la luz roja que le impedía pasar. Lanzó un grito al resbalar y caer al asfalto, mientras un automóvil conseguía frenar a pocas pulgadas de su cabeza.

El conductor saltó.

Nora sintió que la levantaba en sus brazos, pero no llegó a verle. La niebla estaba dentro de sus ojos, que le pinchaban horriblemente. Sabía que aquello cesaría unos instantes después, pero por el momento no era más que una ciega.

—¿Qué le ocurre?

—¿Se ha hecho daño?

Las voces parecían llegar desde muy lejos, desde el fondo de la oscuridad. Ante los ojos de Nora titilaban mil extrañas lucecitas, cada una de las cuales era como un pinchazo en sus pupilas.

—¿Necesita asistencia, señorita?

—No... Gracias. No me ha ocurrido nada. Ha sido sólo un resbalón.

—¿No ha visto que había luz roja?

—Sí, pero verdaderamente... No me he fijado. Perdón.

—¿La acompaño?

—Sólo hasta el otro lado de la calzada, gracias.

A Nora le daba una vergüenza horrible confesar su defecto físico, como si con ello hubiera de quedar a merced de todo el mundo. Que se estaba convirtiendo en una ciega lo sabía desde mucho tiempo atrás, pero nunca la dolencia había sido tan aguda

como esta horrible noche.

Sintió que la ayudaban a atravesar la calzada. Pero no veía más que sombras sobre el brillo del asfalto.

—Ya está usted segura. ¿Quiere una copa?

La voz era agradable, bien timbrada, pero denotaba una especie de ansiedad. «Un conquistador —pensó Nora—. Está esperando que yo le diga que sí para invitarme a tomarla en su departamento».

Al no ver a los hombres, sospechaba que éstos habían de aprovecharse de su ceguera.

—Gracias, estoy bien.

Sabía que dentro de unos segundos volvería a encontrarse perfectamente. Era el repentino flujo de sangre, como le había pasado otras veces. Luego empezaría a ver las sombras y terminaría por encontrarse como antes. Musitó:

—Le quedo muy reconocida por su ayuda. Gracias.

—No hay de qué. Buenas noches.

El hombre se alejó, aunque Nora no llegó a verlo. La sensación de pesadilla en torno a ella se hizo más espesa. Sabía que estaba en una esquina que hacía pendiente porque los coches cambiaban de marcha al tomarla, y algunos casi la rozaban. Pero no se atrevía a moverse para no dar otra vez un paso en falso que la pusiera bajo las ruedas de un vehículo.

De pronto sonó aquella voz:

—La he estado observando desde lejos.

Nora no contestó. No podía ver al que la hablaba, lo cual ya la ponía al borde del ataque de nervios, pues jamás un período de ceguera le había durado tanto. Pero intentó mantenerse serena y volvió la cabeza hacia otro sitio.

—Ha sido una casualidad, ciertamente —continuó la voz del hombre—. Yo salía de una visita y...

Ella volvió la cabeza aún más, denotando que cuanto dijera aquel hombre la tenía sin cuidado.

Pero la voz dijo:

—¿Por qué trata de disimular? Sé perfectamente que no me ve. Que no ha visto nada desde que ha estado a punto de caer bajo las ruedas de aquel coche.

Nora se volvió de repente, ahogando un grito de alegría. De pronto había reconocido aquella voz. De pronto se sintió más a

salvo que si estuviera ya en su habitación, pudiendo ver nuevamente.

—¡Doctor Patrick...! —susurró.

—Sí, soy yo mismo. ¿Cómo no ha reconocido mi voz?

—Doctor Patrick, estoy asustada. Es... es horrible.

—Ha sido como un ataque, ¿verdad?

—Sí, pero... Peor que los otros.

—Me lo temía. Por eso le dije que debíamos operar cuanto antes. En realidad se trata de eliminar un globulito de sangre, pero usted ha tenido miedo hasta ahora.

—Doctor, tengo tantas obligaciones... Instintivamente se apoyó en él, sintiéndose segura.

—Esto no puede continuar así —dijo él roncamente—. ¿No se da cuenta de que ha podido matarse?

—No esperaba esto.

—Yo tampoco, aunque lo temía. Debe haber sufrido alguna emoción demasiado fuerte. ¿Qué le ocurre?

—Na... nada.

De pronto Nora lo pensó. En cierto modo el doctor Patrick era la única persona en la que podía confiar. Desde que tuvo aquella primera crisis en los ojos, un año antes, él había sido su médico. Le cobraba una insignificancia, porque había conocido a su esposo.

¿Y si ella le dijera lo que acababa de suceder? Sólo un hombre como Patrick podría ayudarla.

Pero no se atrevía. ¿Y si Patrick se negaba a creerla? ¿Y si insistía en avisar a la policía y las cosas se complicaban más aún?

De todos modos se lo diría. Él era en estos momentos el único apoyo que tenía en Nueva York.

—Oiga... —susurró.

Pero los pensamientos del doctor Patrick parecían ir por otro camino.

—Necesita usted operarse o esto no tendrá remedio. ¿Y sabe lo que estoy pensando, Nora? Esto ha sido como una llamada del Destino. O se opera usted esta noche o no se operará ya nunca.

—¿Esta noche...?

—Mañana salgo de Nueva York. Tengo pasaje reservado en el «Providence», que zarpa a primera hora. Voy a dar un cursillo de tres meses en la Facultad de Medicina de París.

—¿Mañana mismo... se marcha?

Nora estaba aturdida ante aquella serie de circunstancias que la anonadaban, que estaban por encima de su capacidad de resistencia.

—Pero esto es imposible... —objetó—. Usted no puede operarme sin una adecuada preparación...

—Lo que no puedo es dejarla así durante tres meses. Se traía de una urgencia le guste a usted la palabra o no. Sólo yo conozco sus ojos y me parecería temerario que mañana se pusiera usted en manos de otro médico.

—Mañana... necesito estar bien. Mi hijo depende de mí, absolutamente de mí. —Se retorció las manos con angustia—. Está enfermo, necesito cuidarle y trabajar para él.

—Pues decídase, Nora. Ya hemos retrasado esto demasiado. Lo de ahora es un aviso que usted no puede desoír.

—¿Cuánto tardaría en estar recuperada?

—En realidad, la intervención es una tontería. Puede introducirse el instrumento por detrás de los ojos sin extraer ni rasgar el globo ocular. Mañana mismo puede estar bien.

—¿Mañana...?

A Nora aquella sencilla palabra, «Mañana», le parecía mágica. En cuanto terminase aquella noche de pesadilla todo sería distinto. Pensó con horror que, si ahora desoía al médico, la ceguera podía sobrevenirle otra vez cuando más la necesitase su hijo.

—¿Y qué debería hacer? —musitó.

—Dormir tranquilamente durante toda la noche. Para mayor precaución se vendará los ojos, como es natural. Mañana a primera hora le haría, la cura y le retiraría el vendaje un ayudante mío.

El médico vio un gesto de decisión en los labios de la mujer.

—Venga a mi clínica. Tengo el coche aparcado a cien yardas de aquí. La llevaré.

Pero el gesto de decisión que el médico había visto en los labios de la muchacha no era sólo porque estuviera ya decidida a sufrir la intervención.

Era porque también pensaba en enseñar al médico lo que ella había visto en el piso de Laxon.



No había nadie esperándola

Así, sin palabras, sin explicaciones que él tal vez no hubiera creído, le enfrentaría al hecho consumado y le obligaría a que le prestase ayuda. Entre los dos decidirían qué era lo que se podía hacer.

El único detalle horrible consistía en volver al departamento de Laxon, pero todo le parecía distinto yendo acompañada.

Si ahora se lo explicaba todo, él llamaría a la policía sin dudarlo. En cambio, dejando que descubriera por sí mismo el muerto, lo envolvería, por decirlo así, en el conflicto, y él no tendría más remedio que prestarle ayuda, pero sin complicar las cosas con la intervención de la Brigada de Homicidios.

—Dice que venía de una visita —susurró mirando hacia Patrick, aunque no podía verle—. Llevará su maletín, por tanto.

—Siempre lo llevo.

—¿Con todo lo necesario para una intervención de ésa clase?

—Naturalmente. Incluso los anestésicos.

—Entonces le llevaré a un departamento que he alquilado por esta noche, y así no tendré que moverme. Es muy cerca. ¿Qué le parece si me opera allí mismo?

Patrick se encogió de hombros.

—¿Qué más da? No hay que temer ninguna clase, de complicaciones. Yo he operado muchas veces bajo los obuses, en la guerra. Eso da una experiencia muy útil, Nora.

Patrick pensaba que, en realidad, ella quería ahorrarse el gasto de la habitación en la clínica. Le constaba que todo cuanto ganaba aquella mujer era consumido por la enfermedad de su hijo. Por eso accedió fácilmente y susurró:

—Vamos. Lléveme adonde usted quiera.

CAPÍTULO IV

El conserje de noche la miró dubitativamente al verla entrar otra vez, ahora en compañía de un hombre, pero a él le pagaban por no hacer comentarios, de modo que los condujo al ascensor del fondo, que llevaba directamente al apartamento de Laxon, y oprimió el botón.

Como antes, el mecanismo tardó en funcionar.

Luego, poco a poco, el ascensor empezó a elevarse, ganando velocidad. Aun así tardó, como antes, cuatro minutos en llegar a la cima del rascacielos. Nora notaba con alivio que iba viendo los objetos un poco mejor a cada momento que transcurría. Cuando llegaron arriba, pudo distinguir la puerta.

La abrió.

—Esto es muy lujoso —comentó el doctor Patrick—. De lo más lujoso de Nueva York.

¿Y dice que lo ha alquilado?

Ella hundió la cabeza sobre el pecho.

—Luego le explicaré.

La entrada del apartamento estaba entornada, tal como ella la dejó. Seguía imperando en las lujosas habitaciones el más absoluto silencio. Nora miró hacia la puerta del dormitorio, pensando si hacer entrar en seguida allí a Patrick, para que viera de lo que se trataba, o bien aguardar todavía un poco.

El musitó:

—¿Dónde hay un lavabo? He de lavarme bien las manos.

—Pues... supongo que ahí.

—¿No dice que ha alquilado el apartamento?

—Sí, pero aún no lo conozco bien.

Patrick abrió la puerta que ella le indicaba, y, en efecto,

encontró tras ella un lujoso cuarto de baño. Se lavó las manos concienzudamente, mientras ella permanecía como atónita en el umbral, y luego se quitó la americana, poniéndose unos guantes que llevaba en la maleta, dentro de una funda de plástico. Hecho esto pidió a Nora:

—Tome usted esta manta de baño y póngasela sobre los hombros. Servirá.

—Pero...

—Vamos, siéntese. Siéntese aquí mismo.

Le señalaba una silla del vestíbulo, con alto respaldo. Ella obedeció mecánicamente, sin darse cuenta de lo que aquello significaba.

Vio avanzar al médico, que pareció dar una especie de salto hacia ella, y entonces el mundo entero desapareció de sus ojos.

CAPÍTULO V

Tuvo la sensación de que aquello era una trampa, de que no recobraría el conocimiento jamás. La última expresión de su rostro fue una muda mueca de horror, mientras el doctor Patrick le aplicaba hábilmente la mascarilla del anestésico.

Cuando Nora perdió el conocimiento, cosa que ocurrió casi instantáneamente, el médico desconectó la mascarilla del pequeño cilindro rojo que llevaba en su maletín, conteniendo gas anestésico para los casos de urgencia. Elevó un párpado de la mujer, convenciéndose de que estaba absolutamente dormida. Luego la levantó en brazos, transportándola de la incómoda silla en que se encontraba a una butaca extensible donde podía tenderla casi en la misma postura que en una mesa de operaciones. Arrastró la butaca hasta colocarla bajo la potente luz central del vestíbulo y luego se acopló a la frente su lamparilla auxiliar para ver mejor en el momento crítico de la breve intervención.

Los instrumentos en baño de alcohol fueron extraídos del maletín y colocados cuidadosamente sobre una gasa esterilizada que también llevaba a propósito. Patrick, que había sido un gran cirujano de guerra, era capaz de operar en cualquier sitio con una absoluta seguridad.

Nora recobró el conocimiento con la sensación de que acababa de cerrar los ojos y de que no hacía ni diez segundos que estaba dormida. Pero se dio cuenta de que una venda le oprimía fuertemente los párpados. Además, casi no podía moverse. Lanzó un gemido.

—No se inquiete —la voz del doctor Patrick parecía llegar desde muy lejos—. Todo ha ido bien.

—¿Pero... es que me ha operado ya?

—Claro.

—Si sólo hace unos segundos que me ha dormido...

—Se equivoca. Hace media hora.

—¡No es posible!

Se oyó suavemente la risa del doctor Patrick.

—Siempre ocurre lo mismo. Bajo el sueño anestésico se pierde la noción del tiempo.

¿Qué tal se siente ahora?

—Muy mareada.

—Intente tragar esta pastilla, por favor. Le hará bien.

Nora sintió que introducían entre sus labios una pequeña pastilla, que tragó con grandes dificultades.

—Esta venda en los ojos... me aprieta mucho.

—Es necesario que la lleve así. No se la toque. Si cualquier rayo de luz le entrara en los ojos podría perjudicarla.

—¿Cuándo me la quitarán?

—Mañana por la mañana, para hacerle una cura.

—¿Antes de las siete?

El doctor Patrick consultó su reloj.

—No creo que sea posible. Los ojos tendrán que estar en reposo absoluto al menos durante diez horas.

—¡Doctor, antes de las siete he de estar de regreso en casa! ¡Mi hijo necesita una medicina sin la cual puede morir! ¡Debe comprenderlo! ¡Es absolutamente preciso!

—No habrá inconveniente en que mi ayudante la acompañe a su casa antes de las siete. Le avisaré en cuanto salga de aquí. Puede estar tranquila porque es de esos hombres que nunca fallan. Pero hay algo que no entiendo. Si, tanta prisa tiene por estar de nuevo con su hijo, ¿por qué ha alquilado este lujoso departamento durante toda la noche?

Ella se mordió los labios.

No respondió. ¿Qué podía decir? La verdadera historia era lo bastante trágica y vergonzosa para que ella no quisiera contarla. Lo único que podía hacer era mostrar al doctor Patrick el cadáver. Sólo con que él lo viese, sobrarían todas las palabras.

Intentó hacer acopio de serenidad para cuando llegara ese momento decisivo.

—El departamento es precioso, ¿verdad? —susurró.

—Mucho. Creo que en Nueva York habrá pocos como éste.

—Pues sólo lo ha visto en parte. Lo más notable es el dormitorio. Es la habitación que tiene al fondo, a la derecha.

—Otro día lo veré —dijo él, con indiferencia.

En el fondo le extrañaba cuanto le decía la mujer, y como presumía algo turbio no quería insistir.

Pero ella dijo:

—Tengo allí mis cigarrillos. ¿Podría fumar?

—Me extraña que tenga ganas ahora. ¿No nota el mal sabor del anestésico?

—Es para luego.

El doctor Patrick se encogió de hombros.

—Está bien, se los traeré, pero procure no fumar hasta que haya pasado al menos una hora. Le sentaría pésimamente.

—Gracias, doctor.

Y Nora apretó los labios, mientras oía los pasos del médico alejarse lentamente.

Dentro de unos segundos oiría su exclamación de asombro o tal vez su grito de horror.

Dentro de ese mínimo tiempo todas las palabras sobrarían entre los dos.

Y ella sabría si podía confiar en el doctor Patrick para salir de aquel atolladero.

Pero el grito de horror no llegó. Tampoco la menor exclamación por parte del médico.

«Tiene mucha más serenidad de la que yo suponía... —se dijo Nora—. Sabe encajar bien las sorpresas».

Oyó los pasos del doctor Patrick que regresaba hacia ella. Eran unos pasos tranquilos y mesurados, como siempre.

—Sus cigarrillos.

Nora quedó como petrificada, sintiendo que el corazón le latía desacompasadamente.

—¿Los... ha encontrado?

—Claro que sí. Pero me extraña que usted fume esta marca. Es un tabaco más bien fuerte.

Le alargó un paquete que pareció quemar los dedos de Nora. Tenía que ser por fuerza el tabaco de Laxon, el tabaco del muerto.

Durante unos segundos no supo qué decir. La situación le

pareció tan increíble, tan absurda que otra vez tuvo la sensación de estar viviendo una pesadilla.

—¿No ha encontrado nada más?

—¿Qué iba a encontrar?

«¿Pero es posible que no se haya fijado? —pensó desesperadamente Nora—. ¿Es posible que pueda pasar inadvertido un detalle así?».

—¿Qué le han parecido las butacas? —preguntó.

El doctor Patrick debió sorprenderse, porque tardó unos segundos en responder.

—¿Las butacas...?

—Sí, claro.

—¿Sabe que no la entiendo, Nora? Está usted verdaderamente rara.

Nora apretó los labios. De modo que estaba rara. De modo que la loca era ella. Ni media hora antes el cadáver de Laxon estaba allí. Ahora volvía Patrick del dormitorio y no decía nada, como si no lo hubiese visto. Y aún se sorprendía de que le hiciesen preguntas.

¿O tal vez Patrick sabía ya algo antes de que ella lo trajese allí? ¿O quizá era todo una conspiración satánica...?

La tranquila voz del médico disipó por un momento sus pesadillas.

—Está algo alterada, Nora. ¿No podría dormir? Eso es lo que más le conviene en estos momentos.

—¿Cómo quiere que duerma?

Su voz sonó violenta, áspera, sin que ella se diese cuenta.

—¿Pero qué le ocurre, Nora? Nunca la había visto así. La operación ha sido un éxito, y después de un par de curas ya no volverá a tener nunca más esas dolencias. Se trata de pasar una sola noche de inmovilidad, de quietud. ¿Tanto le cuesta eso?

—Doctor Patrick...

—¿Qué?

—¿De veras no ha visto nada en ese dormitorio?

—¿Y qué era lo que tenía que ver?

—Un... hombre...

Iba a añadir: «Muerto», pero él no la dejó. De pronto se oyó su voz silbante en el silencio de la habitación.

—Yo la tenía en otro concepto, Nora. Por educación no quiero

saber nada con sus problemas... digamos sentimentales. Mi trabajo ha concluido y sólo me resta decirle qué antes de las seis de la mañana pasará por aquí mi ayudante. Buenas noches.

Nora, durante los primeros segundos, no supo reaccionar. Estaba tan aturdida, tan confusa, que incluso recobrar el ritmo normal de la respiración le costó trabajo. Oyó entonces los pasos del médico que se alejaba hacia la puerta. Una oleada de horror subió hasta su garganta de pronto.

—¡Doctor Patrick...!

El abría ya la puerta. Nora fue a seguirle y tropezó con una mesita baja. No rodó con ella por verdadero milagro. Oyó más allá, a través de las tinieblas el chasquido de la puerta.

—¡Doctor Patrick...!

El no llegó a oírla. Nora cayó de rodillas, gimiendo, mientras se apretaba los ojos. Pero el dolor insufrible que notó en ellos le hizo retirar las manos al instante, como si éstas tuvieran fuego.

El silencio espantoso de la casa pesó sobre ella como una losa de plomo.

—Dios mío... —susurró—. Dios mío...

El doctor Patrick se había ido con la conciencia bien tranquila, convencido de que había otro hombre en el departamento y de que éste la atendería si ella necesitaba algo. La debía considerar, además, como la aventurera más cínica que había conocido en toda su existencia.

Lentamente Nora se puso en pie. Ahora estaba mucho peor que antes, cuando descubrió el cadáver de Laxon, porque se había transformado durante aquella noche en una ciega. Pero aún estaba viva, y por consiguiente tenía que luchar. Aún había bastantes medios a su alcance para que la sacaran de allí sana y salva.

Nueva York no era el desierto de Gobi.

Respiró con fuerza y se dijo que había que tener serenidad, que no todo estaba perdido.

Lo primero que había que hacer era averiguar si el doctor Patrick había mentido o no.

Tenía que saber si aquel hombre no había visto realmente el cadáver.

A tientas, pegada a las paredes, fue avanzando hacia el dormitorio. Éste se encontraba lejos del vestíbulo, pero la distancia

le pareció inmensa al tener que avanzar a tientas, con la angustia, además, de saber que en cualquier momento sus manos podían tropezar con alguien.

Por fin llegó a la puerta que le pareció ser la del dormitorio, y una vez allí intentó orientarse.

La butaca donde yacía Laxon estaba a la derecha. Sí, a unos once pasos a la derecha. Nora fue hacia allí con los brazos extendidos, igual que una sonámbula, mientras contenía la respiración.

Sus rodillas tropezaron con la butaca.

Se inclinó, tanteándola, sintiendo que la angustia invadía en oleadas su pecho.

Pero la butaca estaba vacía. El cadáver de Laxon ya no se encontraba allí. Patrick no la había engañado.

La muchacha lanzó un grito de sorpresa y de horror, mientras se llevaba ambas manos a la boca.

Fue en ese momento cuando sonó el timbre del teléfono.

CAPÍTULO VI

Alocadamente Nora corrió hacia el lugar donde sonaba el timbre, sin pensar en nada, diciéndose únicamente que allí podía estar la salvación que anhelaba.

Dos veces tropezó con la puerta antes de lograr abrirla y otras dos veces rodó por el suelo, arrastrando muebles consigo. Pero el sonido del teléfono, perforando las tinieblas, era como una guía que la impulsaba a avanzar siempre en la misma dirección. Cuando pudo descolgar el auricular, estaba jadeante y le dolía la garganta de tanto contener un grito.

Sabía que era la telefonista de antes. Ella era una mujer y la entendería. ¡Tenía que entenderla! Ahora ya no importaba a Nora que la policía interviniera en el asunto. Pediría a la telefonista que llamara al Precinto, y mientras tanto que subiera ella o hiciese subir al conserje de noche.

Por eso quedó paralizada cuando una voz masculina dijo:

—¿Laxon?

—No... Míster Laxon... no está.

La misma voz, seca y cortante como un cuchillo, dijo:

—Lo sabía.

—¿Qué... qué dice?

Nora estaba completamente desorientada y se sentía otra vez al borde del ataque de nervios. El no ver nada, el tener aquel muro negro ante sus ojos, la aterrorizaba.

—Sabía que míster Laxon no estaba por el simple hecho de que ha muerto. Usted es la mujer que se encuentra en su departamento, ¿no?

—¿Cómo sabe... que ha muerto?

—Sencillamente, porque yo lo he matado.

La voz, al decir aquello, era tan fría e indiferente como si hablara de los resultados de una partida de *cricket*.

—¿Qué clase de locura es ésta? —gimió Nora—. ¿Qué quiere? Y añadió rápidamente, ahogándose:

—¡Miente! Si fuese verdad no lo diría. Sabe perfectamente que esta conversación puede captarla la telefonista de turno en el edificio.

—Es que esta conversación no pasa por la centralita.

—¿Qué dice...?

—La estoy llamando por una línea directa que une esa habitación con lo que era el estudio fotográfico de Laxon, en la punta más elevada del edificio.

Ocho o diez yardas por encima de su cabeza... Nora sintió el escalofrío de horror subiendo por la espina dorsal, hasta su nuca.

Pero intentó mantenerse serena, haciendo un angustioso esfuerzo.

—Si está ahí oculto se encuentra tan acorralado como yo. Sabe que corre peligro.

¿Qué pretende?

—Nadie debe saber que Laxon ha muerto.

—¿Por qué?

—Eso es cosa mía.

La voz seguía llegando tan serena como antes, igual que si se tratara de una conversación de negocios. Eso, en lugar de tranquilizar a Nora, hacía que el frío del horror se estacionase aún con más fuerza en su nuca.

—Hagamos un trato —musitó.

—¿Un trato?

—Usted me ha llamado para hacerme una advertencia. Yo le contesto que seguiré sus instrucciones con una condición.

—¿Cuál?

—Debe ayudarme a salir de aquí.

Una risa tenue, casi silenciosa, sonó al otro lado del cable.

—¿Salir de ahí...? ¿Está loca?

—¿Por qué?

—Ha vuelto por su voluntad.

—No exactamente. He vuelto obligada por las circunstancias, pero ahora necesito salir de aquí.

—No me crea tan estúpido. En cuanto se viera en la calle, pediría que la condujesen inmediatamente a un Precinto de Policía.

—Pero si yo no sé quién es usted. No puedo delatarle...

—No es eso lo que temo. ¡Oh, no! A mi personalmente no me atraparán. Pero no quiero que la muerte de Laxon se conozca antes de mañana al mediodía.

—¿Por eso ocultó el cadáver?

—Sí.

—Entonces puede entrar y salir de este departamento cuando le plazca...

Nora hizo esta pregunta sintiendo el frío del horror en su espalda. Pero aquel horror fue aún mucho más intenso cuando oyó decir al hombre de la voz metálica:

—Sí.

—Entonces..., si quiere obligarme a guardar silencio, ¿por qué no me asesina a mí también?

—Está usted con un hombre.

Nora tragó saliva de golpe. Tuvo miedo de que el espasmo de su garganta se oyera desde el otro lado del cable.

El asesino los había visto entrar a los dos, pero ignoraba aún que el doctor Patrick acababa de marcharse. En esto radicaba la única esperanza de salvación de Nora, y a ella se aferró con todas sus fuerzas.

—Cierto —dijo.

No obstante una de sus frases anteriores podía haber dado que pensar al asesino. Ella había pedido que la sacase de allí, cosa que no necesitaría si estuviese acompañada. El cerebro del desconocido, al otro lado del cable, pareció reflexionar sobre todo aquello.

—¿Por qué no la acompaña él? —preguntó.

El cerebro de Nora también reflexionaba a toda presión, mientras unas gotas de sudor empezaban a nacer en sus sienes.

—Si salimos los dos, nadie nos garantiza que no intentará algo contra nosotros. Usted, por lo visto, conoce mejor el edificio y además va armado. Prefiero llegar a un acuerdo.

—No hay acuerdo, muñeca.

—Le conviene también a usted —dijo Nora, apretando los labios desesperadamente para no exhalar un gemido.

—Yo tengo mi plan y no voy a modificarlo.

—¿Qué pretende entonces? ¿Por qué me ha llamado?

—Para advertirla. Nada le ocurrirá si se queda en el departamento, sin intentar ponerse en contacto con alguien. Mañana a las doce en punto puede llamar a la policía y explicar lo que le venga en gana. Si lo hace un solo minuto antes... viajará junto a Laxon.

—Oiga...

—No tengo que decir más. Recuerde en cada momento que estoy a pocas yardas por encima de su cabeza, y que puedo verla.

—Le conviene oírme antes. ¡No cuelgue! No...

Pero al otro lado del cable acababa de sonar ya el «tlac» indicativo de que la comunicación había sido cortada.

Ella no pudo evitar ahora su grito de horror, mientras dejaba caer el auricular a tierra.

CAPÍTULO VII

El doctor Patrick tomó la izquierda al abandonar el soberbio edificio donde acababa de dejar a Nora, y se encaminó hacia su coche, un «Pontiac» blanco que brillaba bajo las luces de neón en la noche neoyorquina.

Lloviznaba ahora, pero la tormenta no se decidía a descargar del todo. Por el lado de la bahía los relámpagos llegaban más frecuentes cada vez, llenando la noche de fantasmales reflejos.

Patrick pensó en Nora.

Pensó en el tipo que estaría con ella, en el fulano que debía haberse escondido cuando él entró. Valiente par de pájaros los dos. Valiente pájara ella también, infiernos. Nunca hubiera creído que una viuda reciente como ella se consolase tan pronto.

Y lo peor era que a él le gustaba Nora. Lo peor era que le dolía pensar que pudiera caer en brazos de otro.

Por todo ello Patrick estaba de un humor de perros cuando manejó el demarré de su «Pontiac» y arrancó a gran velocidad hacia su consultorio, situado a la entrada del Puente de Jersey.

Encontró allí a su ayudante, a pesar de lo avanzado de la hora.

Su ayudante tenía veintisiete años, o sea, era diez años más joven que el doctor Patrick. Sus cabellos eran rubios, sus ojos grises y su mentón cuadrado. Tenía un aspecto atlético y parecía como si sus manos hubieran de ser duras y callosas, propias de un boxeador. Sin embargo Madison tenía manos de joyero. Hacía operaciones en los ojos tan bien como Patrick, aunque le faltaba su experiencia.

Muchas veces Patrick había pensado que Madison era demasiado humilde al seguir junto a él. A su lado poco podía aprender ya. Pero callaba porque le interesaba que Madison no se fuese. No volvería a encontrar un ayudante como él en toda su vida.

Como siempre que se veían a aquellas horas, Madison tenía sobre la mesa una jarra llena de café.

—Buenas noches, Patrick. ¿Quieres?

—No me vendrá mal. Hace una noche de perros.

—¿Qué era aquella urgencia?

—Un accidente en un laboratorio químico. Una operaria se ha quemado los ojos. He tenido que practicarle una intervención allí mismo, y creo que todo irá bien.

—Pues no pareces de muy buen humor, a pesar de todo.

—No.

La respuesta de Patrick había sido seca, mientras vaciaba lentamente su taza de café. Madison se acercó a él, encendiendo un cigarrillo.

—No es ésa la única intervención que he tenido que hacer esta noche —dijo Patrick—. También he operado a una mujer llamada Nora. Una cosa tonta pero que le producía grandes trastornos. Menuda pájara.

—¿Por qué empleas esa palabra? Patrick acabó de vaciar su taza.

—¡Bah! Una tontería. Olvídalo.

Madison se encogió de hombros, fue hasta la mesa principal del consultorio y recogió sus cosas para irse, depositándolo todo en un maletín negro. Cuando estaba haciéndolo cayó al suelo un pequeño estuche de piel donde sólo llevaba una fotografía. La recogió, guardándola.

Era la foto de Nora.

El doctor Patrick encendió un cigarrillo y expelió el humo cansinamente.

—¿Qué es esa foto, Madison?

—Nada, un recuerdo tonto.

—Me ha parecido la foto de una mujer.

—Por eso digo que es un recuerdo tonto. Patrick rió con acritud.

—A ti no se te conocen líos de mujeres, Madison. ¿No crees que estás perdiendo el tiempo?

—Yo perdí el tiempo una sola vez. No me volverá a ocurrir. Patrick se llenó otra taza de café y la bebió rápidamente.

—Bueno, vamos a concretar —dijo—. Yo salgo dentro de unas horas. Además de los casos que ya conoces habrá otro en esta

dirección.

La apuntó para que no la olvidara Madison, quien le miraba por encima del hombro.

—Es un sitio elegante.

—Es el sitio donde, encontrarás a la pájara de la que hablaba antes. Tienes que hacerle una cura simple para evitar cualquier infección externa. Voy a redactarte unas notas para que las tengas en cuenta.

Apuntó unas cuantas palabras en un bloc y le tendió la hoja a Madison.

—Hay algo más —dijo—. Tendrás que estar allí antes de las siete de la mañana. Si son las seis mejor.

—¿Por qué tan temprano?

—A las siete necesita estar con su hijo.

—¡Ah! ¿De modo que tiene un hijo?

—Así es.

Madison apuntó sin interés la hora en su agenda.

—¿Se ha presentado algo mientras yo estaba fuera? —preguntó Patrick maquinalmente.

—No. Reconozco que he podido estar leyendo el periódico.

—No dirá nada interesante, supongo.

—Sí, dos cosas.

—Si son de guerra no me las digas. Odio esa palabra.

—No son de guerra. En el fondo no tienen interés, después de todo. El millonario Laxon ha comprado todas las acciones de la Compañía Sullivan de Navegación. Ese tipo va hacia el monopolio de una manera descarada, a pesar de las leyes Anti-Trust.

La segunda noticia es que Biskell, el loco homicida, se ha escapado cuando lo conducían a la cárcel para ingresar en el pabellón de los condenados a muerte.

—Biskell... —dijo el médico, pensativamente—. Biskell...

—Lo recuerdas, ¿verdad? Tú lo operaste.

—Sí. Tuvo un accidente de coche, cuando todavía no se había convertido en un asesino, y se le clavaron pedazos de cristal en los ojos. Ahora lo recuerdo. Fue hace...

—Tres años.

—Eso es, tres años. ¿Y dices que se ha escapado? ¿De modo que estaba condenado a muerte?

—Iba a terminar en la silla eléctrica dentro de unas semanas.

—Había matado a varias mujeres jóvenes, ¿verdad?

—Sí, ésa es su manía.

El doctor Patrick encendió un segundo cigarrillo con movimientos nerviosos.

—Ahora recuerdo otro detalle... —musitó—. Ese tipo tenía una rara costumbre para matar. Sin duda, en su mentalidad primitiva, creía haber vuelto a los tiempos en que el hombre era un animal más de la selva. Se descalzaba cuando entraba en una habitación para cometer un crimen. Andar descalzo era su obsesión, para padecerse a las fieras.

Madison susurró:

—Así era.

—¿Pero pudo realmente cometer todos los crímenes que se le achacan? Algunos revelan una gran inteligencia, y a lo que parece Biskell no la tenía.

Las facciones de Madison se oscurecieron un tanto, sin que Patrick supiera por qué.

—¿Qué es lo que pretendes decir? —susurró.

—No sé... Es absurdo, pero tal vez Biskell haya cometido el primer crimen, y los demás los haya cometido otro siguiendo su misma técnica. Es un modo como otro cualquiera de conseguir la impunidad.

—Puede... —dijo Madison.

—¿Qué te ocurre?

—Nada... Estoy un poco cansado. Eso es todo.

—Pues vete cuando quieras y descansa unas horas antes de ir a la cura que te he dicho. Yo también voy a marcharme en seguida.

—¿Cómo se llama la mujer?

—¿Quién...?

—La pájara.

—¡Ah, sí! —dijo Patrick con las facciones contraídas—. Nora.

—Nora...

—¿Conoces a alguna que se llame así?

—No. Conocí a una hace tiempo, pero no tiene importancia. Estuve enamorado como lo que era, ¿sabes? Como un chiquillo. Es agua pasada.

Tomó su maletín y se dispuso a salir a la calle. A través de la

ventana brillaban, con más intensidad que nunca, los relámpagos.

—Hace una noche de perros, ¿eh? —preguntó Patrick.

—Una noche para pensar en asesinos.

—¿Como Biskell?

—¿Quién sabe...?

Y Madison salió a la calle.

«Extraño tipo... —pensó Patrick—. Me ha hecho cien favores, es un gran amigo mío y ni siquiera me da la mano cuando sabe que voy a estar tres meses ausente. Un tipo extraño, sí, señor...»

Madison, entretanto, había caminado hacia su coche bajo las primeras ráfagas de lluvia. Las calles iban quedando casi desiertas. El coche era un «Zodiac» negro, muy discreto. Lo puso en marcha y consultó, antes de arrancar, la dirección que le había dado Patrick.

Conocía aquel sitio.

No había hecho comentario, pero sabía que allí estaba la residencia del millonario Laxon, un fulano metido hasta las narices en cosas de faldas y en negocios de navegación, cuya marcha seguía desde las columnas de la Bolsa, porque él personalmente quizá ni había navegado jamás.

Sabía también quién era aquella mujer llamada Nora a la que se había referido Patrick.

¡Claro que lo sabía, infiernos!

Condujo a poca velocidad por las calles semidesiertas. Los truenos retumbaban sobre su cabeza, pareciendo perseguirle. Ráfagas violentas de lluvia azotaban el parabrisas.

Madison detuvo su coche a media manzana del rascacielos, y luego siguió a pie.

En el inmenso vestíbulo silencioso solo estaba el conserje de noche. Se veía su cara delgada y granujenta bajo el cono de luz de una lamparita. Miró a Madison interrogativamente.

—Médico —dijo éste—. Tengo que ver a míster Laxon.

—¿No ha estado usted antes aquí? Madison apretó los labios.

—¿Cuándo?

—Hace unas horas, antes de que subiera la señorita que ahora se encuentra arriba.

—No —dijo Madison secamente—. Se confunde.

—Tal vez. Perdona.

Le acompañó hasta el ascensor privado, que funcionaba cada vez

peor.

—Parece como si alguien se hubiese entretenido en estropear el mecanismo —dijo el conserje—. En fin, puede subir.

—Gracias.

Madison subió hasta el último piso, donde estaba el departamento de Laxon, pero no llamó a la puerta ni hizo nada de lo que hubiera hecho normalmente cualquier otra persona.

Por el contrario, violentó una de las ventanas que daban a las terrazas y saltó por ella. Pero antes se quitó los zapatos, caminando descalzo.

CAPÍTULO VIII

El timbre del teléfono volvió a sonar, pero ahora de una manera distinta. Fue un solo timbrazo.

Nora, con mano temblorosa, descolgó el auricular.

—¿Lo ha pensado ya bien? —susurró—. ¿Ha comprendido que le conviene más llegar a un acuerdo?

Una voz desconocida, algo ronca, preguntó:

—¿Qué acuerdo?

—¿No es usted... el que me ha llamado antes?

—¿Yo?

—Perdón, no comprendo.

—Yo soy el conserje. La llamo para advertir a míster Laxon que alguien va a subir. ¿No puede ponerse?

Nora apretó los labios. Ahora tenía una gran ocasión para pedir ayuda, pero pensó instantáneamente que aquél era un teléfono de comunicación interior y que tal vez el asesino la estaba oyendo.

Y el asesino, que se encontraba en el piso superior, llegaría hasta ella infinitamente antes de que el conserje subiera. Cuando la ayuda llegase al departamento, ella sería ya una muerta.

El asesino podía lograr incluso que tardaran más de una hora en llegar hasta allí, simplemente abriendo una de las puertas del ascensor privado, para que éste no funcionara.

Estaba perdida, cazada en la ratonera si no llegaba a un acuerdo con el propio criminal.

Desde abajo, la voz preguntó:

—¿Qué le pasa? ¿No está míster Laxon?

—Míster Laxon no puede ponerse ahora.

—Ah, ya comprendo... Bien, entonces me permito advertírselo a usted. Alguien sube.

Dice que es un médico y que lo ha llamado míster Laxon.

«Mentira —pensó Nora—. Laxon no ha podido llamarle...». Pero dijo en voz alta:

—Está bien, lo recibiremos. Gracias por la advertencia. Colgó lentamente.

Fuera quien fuese el que estaba subiendo, y aunque hubiera dicho una mentira al conserje, se trataba de un hombre que no era el asesino. Porque el asesino estaba arriba, en el laboratorio fotográfico. Fuera quien fuera, el desconocido podía significar una ayuda.

Nora buscó a tientas una butaca y se sentó.

Sabía que estaba cara a la puerta, pues ya se había orientado un poco por la situación de los muebles. Por allí tenía que llegar el desconocido, el único hombre que en todo caso podría ayudarla.

No se oía el ascensor. No se oía nada en ninguno de los rincones del inmenso edificio.

Transcurrieron cinco minutos, diez.

Nora empezó a entrecruzar nerviosamente los dedos de sus manos, mientras contenía la respiración y todo su cuerpo se tensaba como un arco presto a dispararse.

Ella había notado ya que el ascensor tardaba sólo cuatro minutos. No era posible que estuviese tanto tiempo como el que había transcurrido desde la llamada del conserje.

¿O tal vez ella no había oído la puerta? Así era.

Nora no había oído a Madison cerrando cuidadosamente la puerta del ascensor, ni había oído tampoco el levísimo ruido que éste produjo al violentar la ventana.

No podía ver tampoco lo que estaba sucediendo a su espalda.

No podía ver al hombre que estaba ahora mirándola desde una de las terrazas, al otro lado del gran ventanal.

Un hombre con los pies descalzos, un hombre al que gustaba caminar como caminan las ñeras.

—Yo os digo que Biskell empezó a ser un asesino por un engaño sentimental. Todos los casos parecidos empiezan así. ¿No os acordáis, por ejemplo, de Jack el Destripador? Todos los que matan exclusivamente mujeres, los que las odian, han empezado a ser asesinos por la misma causa.

—Pero es que ése no es un hombre, es una ñera.

—Sus crímenes han sido demasiado horribles para tener, después de todo, una raíz sentimental.

—¿Vosotros qué sabéis?

Los hombres que, discutían, todos ellos bien vestidos y con detalles que denotaban auténtica riqueza, miraron hacia el único del grupo que había permanecido silencioso hasta entonces.

—¿Qué dices tú, Bentham?

Bentham, antes de contestar, dirigió su mirada al cadáver.

Sí, porque allí había un cadáver.

Solemne, vestido en su último traje negro, descansaba en un ataúd de caoba que había costado un porrón de dólares.

Aquella conversación sobre crímenes en una noche de tormenta, tenía lugar en una habitación donde varios hombres de negocios estaban velando a otro negociante muerto.

Todos ellos, gruesos y con los ojos brillantes, parecían grandes buitres esperando en torno a su presa.

A través de la ventana, situada en un alto piso del rascacielos, se divisaba una fantástica perspectiva de la gran metrópoli iluminada por los relámpagos, y donde los otros rascacielos parecían dedos siniestros amenazando a la noche.

Bentham susurró.

—Esta conversación no me gusta.

—¿Por qué? ¿Te da miedo?

—No es eso, pero...

—¿Sabes ya que Biskell ha logrado escaparse? ¿Sabes que podría estar aquí, cerca de nosotros, tal vez en el piso superior?

—En el piso superior —dijo ahogadamente Bentham— vive Laxon. Y la persona que está con él no es Biskell, sino una mujer sensacional. La he visto entrar hace unas horas.

—Lo dices como si tuvieras envidia... Bentham rechinó los dientes.

—¡Callaos! —gritó—. ¡Idos al infierno!

—¿Pero qué te pasa?

—Nada. Voy a salir a fumar un cigarrillo. Dejarme en paz.

Salió de la habitación y aun del mismo departamento, cuyas puertas estaban adornadas con crespones negros.

Más allá de las ventanas, la tempestad se había puesto a rugir como un animal agonizante.

CAPÍTULO IX

Nora aguardó todavía cinco minutos más.

Ella no conseguía verse, pero su rostro estaba espantosamente blanco. Gruesas gotas de sudor helado resbalaban por sus mejillas.

Estuvo tentada de arrancarse la venda para intentar ver, pero comprendió que nada conseguiría, salvo estropearse los ojos definitivamente y tal vez quedar ciega para toda la vida.

Pero era seguro que el hombre cuya llegada le había anunciado el conserje ya no subiría hasta allí.

Nora ignoraba que aquel hombre estaba a su espalda, mirándola a través de los cristales del ventanal, e ignoraba también que había llegado hasta allí saltando de terraza a terraza con los pies descalzos.

Palpitaba una mirada enigmática y lejana en los ojos de aquel hombre, una mirada que hubiese hecho temblar a Nora caso de poder verla.

Cuando los nervios de la mujer no pudieron resistir más, descolgó el teléfono sabiendo que desde conserjería o desde la centralilla recogerían la llamada.

Pero nadie contestó.

No se oyó tampoco el sonido característico que produce un teléfono cuando las condiciones de comunicación son normales. Nora no percibió más que un silencio absoluto, completo, como si el auricular estuviera aislado del mundo. Atónita, necesitó casi un largo minuto para convencerse de que alguien había cortado la línea.

Estaba ciega y sola en aquel rincón de Nueva York. Más sola que si la hubieran abandonado en una isla desierta.

Desalentada, sin fuerzas, colgó el teléfono.

Fue entonces, al rozarlo, cuando se dio cuenta de que había otro al lado. Sobre la mesita descansaban dos teléfonos.

Comprendió.

Uno era el general de la casa, desde el que se pedía comunicación con el exterior por medio de la centralita o de conserjería. A través de ese teléfono la habían llamado desde conserjería minutos antes. Y luego estaba el otro, el que sin duda comunicaba directamente con el laboratorio fotográfico, desde el cual le había hablado la misteriosa voz.

Ése no se atrevió a descolgarlo, porque sabía de sobras que iba a hablar con un asesino.

Pero el timbre sonó.

Nora sintió como si el campanillazo repiquetease en su cráneo y estuvo a punto de lanzar un grito de angustia, mientras sus manos se crispaban en el aire.

El teléfono estuvo sonando durante casi un largo minuto, mientras Nora respiraba jadeante.

Por fin lo descolgó.

La misma voz silbante de la ocasión anterior dijo:

—He de hacerle una advertencia. Nora dijo temblorosamente:

—Hágala.

—He cortado la línea telefónica que puede ponerla en comunicación con el exterior.

—Ya lo he notado.

—¿De modo que ha intentado pedir ayuda?

—¿Le extraña?

El dueño de la voz silbante rió silenciosamente.

—No lo haga, muñeca. Será inútil.

—Puedo pedir socorro de otro modo.

Nora intentaba convencer al desconocido de que aún no estaba perdida, de que tenía importantes triunfos en su mano, pero el otro volvió a reír silenciosamente.

—¿Cómo quiere pedir ayuda? ¿Asomándose a las ventanas? No hay nadie en dos pisos más abajo, y además todo el mundo tiene cerradas las ventanas a causa de la tempestad. Eso contando con que el ruido de los truenos permitiese oír, muñeca.

—Seguro que alguien notará que el teléfono no funciona y lo arreglarán de algún modo.

—Durante la madrugada no se hacen reparaciones, monada. Paro además sería completamente inútil. He estropeado también, después de varios intentos, el ascensor directo hasta ese piso. Aunque usted pidiera socorro, el que quisiese prestárselo tendría que subir a pie..., ¡y estaría subiendo más de una hora! ¿Cree que en ese tiempo no podría asesinarla cien veces? ¿O pretende acaso que la salven en helicóptero?

Nora intentó no desanimarse y gastó su último cartucho en poner nervioso a aquel hombre para forzarle a un arreglo que le permitiera a ella salir de allí.

—Ha cometido un error —musitó.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Al estropear el ascensor, el conserje habrá notado algo raro. Estará sobreaviso. Como un ascensor es indispensable para vivir a esta altura, ordenará en seguida que vengan a repararlo y se producirá una investigación. Creo que le conviene no arriesgarse más y hacer un trato conmigo.

—No hay trato, preciosa. Necesito que esté ahí quieta hasta el mediodía, y va a estarlo.

Si intenta algo quedará quieta igualmente..., pero para toda la eternidad.

Nora adivinó que su interlocutor iba a colgar. Dijo con voz ansiosa:

—Se equivoca. ¡Está cometiendo un terrible error! Pero, ya que no vamos a conocernos, quiero que me aclare algo que no comprendo.

—Con mucho gusto, muñeca. ¿Qué es?

—¿Por qué ha ocultado el cadáver de Laxon?

—Ya se lo he dicho. No quiero que el crimen sea descubierto hasta pasado el mediodía.

—Comprendo...

Pero en aquel momento Nora comprendió también algo más. Estaba cometiendo un terrible error. Ella sí que lo cometía, no el desconocido de la voz silbante.

No había dicho una palabra acerca del hombre que se suponía estaba junto a ella. Si el asesino llegaba a darse cuenta de que estaba sola, la mataría; con toda impunidad.

Fue a decir algo, fue a mentir hablando del supuesto hombre

que estaba junto a ella, pero el asesino pareció adivinar sus pensamientos a través del cable.

—No se preocupe, preciosa. Sé que está sola. Nora ahogó un grito de horror.

—Se equivoca... —logró balbucir—. Además, no tiene ningún medio para saber si estoy o no acompañada.

—Sí, tengo uno. Lo he descubierto un par de minutos antes de llamarla, y me será de mucha ayuda.

—¿En qué... consiste?

—Laxon tenía un micrófono que ponía en comunicación su piso con el laboratorio fotográfico. Le he descubierto hace unos instantes. Se oye todo lo que ocurre ahí abajo, y últimamente no he oído más pasos que los suyos, muñeca. Sólo su taconeo. Si estuviera algún hombre ahí, por fuerza hubiese tenido que oír sus pisadas, que son muy distintas.

Nora comprendió que aquello echaba a rodar definitivamente sus últimas esperanzas.

No sólo no podía pedir auxilio, sino que, aunque pudiese, el asesino la oiría en el momento de hacerlo.

Apretó los labios desesperadamente y colgó el aparato. Ahora ya nada podía hacer.

Lejos estaba de sospechar que a poca distancia de ella, tras los cristales, un hombre la estaba mirando.

Poco podía sospechar tampoco que abajo, en las profundidades de la casa, otro hombre se disponía a ayudarla.

El conserje se puso en comunicación con la encargada nocturna de la centralita.

—Silvia...

—Dígame.

—¿Puedes tú comunicar con el departamento de míster Laxon?

—No sé; déjeme probar.

Transcurrieron unos minutos y luego la voz de la telefonista informó:

—No puedo comunicar. Y es extraño; parece como si la línea estuviese cortada.

—Lo mismo me ha parecido a mí. He intentado llamar ya dos veces.

—¿Qué cree que ocurre?

—No lo sé, pero me parece muy extraño. También se ha estropeado el ascensor, cosa que no había ocurrido jamás. Es un mecanismo garantizado y antes de la noche no presentaba ninguna señal de avería.

La voz de la telefonista tembló imperceptiblemente.

—Sí que es extraño...

—Además, hace poco ha subido un tipo asegurando ser médico y acudir a una llamada de míster Laxon. Ese tipo no ha bajado aún, lo cual me parece muy sospechoso.

—Por lo que dice, también me lo parece a mí. ¿Qué piensa hacer?

—Voy a subir inmediatamente.

—¿Por qué no avisa a la policía?

Los labios del conserje se doblaron en una sonrisa irónica.

—Míster Laxon nunca me lo perdonaría si yo estuviese equivocado y le metiera la policía en casa —explicó—. Sabes de sobra cómo es. Tiene asuntos muy sucios en su cuenta. Además, hay una mujer arriba.

—Lo sé.

—Por lo tanto, lo que haya que hacer lo haré yo solo. No puedo arriesgarme, míster Laxon da propinas demasiado buenas.

—Y hace insinuaciones demasiado vergonzosas —dijo la telefonista.

—Eso no es asunto mío.

—¿Pero cómo va a llegar arriba si está estropeado el ascensor? ¿No se da cuenta de que tardará más de una hora?

—No emplearé el ascensor especial, sino otro de los que llegan cinco pisos más abajo.

—¿Y no será peligroso?

—No te preocupes —rió el conserje lúgubrementemente—. Tengo una pistola y sé usarla. La telefonista dijo cansadamente:

—No creo que a estas horas venga nadie, pero le sustituiré mientras está arriba. Y salió cansadamente de su cuchitril, situado en los sótanos del inmenso edificio.

El hombre que estaba tras los cristales del ventanal, mirando hacia el interior de la pieza, sintió que las ráfagas de lluvia, cada vez más furiosas, llegaban ya hasta su espalda.

La mujer, después de colgado el teléfono, estaba quieta junto a

una de las butacas, de rodillas en el suelo, y parecía llorar silenciosamente.

Nora se sentía más sola, más perdida y más desesperada que nunca. El hombre decidió entrar.

El sonido casi continuo de los truenos hubiera permitido que por allí pasase un regimiento de caballería sin que nadie se diera cuenta. Por eso el hombre, que además iba descalzo, no podía tener el más mínimo temor de ser oído.

De todos modos quería hacer las cosas bien. Sabía que un cristal roto o una ventana violentada suelen ser excelentes pistas. Por eso fue tanteando todas las puertas de cristal y las ventanas que daban a la terraza, buscando una que estuviese abierta.

No la había.

Extrajo entonces un pequeño pedazo de diamante y se dispuso a cortar el cristal de una de las puertas junto a la cerradura.

Estaba haciendo eso cuando vio a su espalda una sombra.

CAPÍTULO X

El hombre estaba apenas a quince pasos de él, y acababa de llegar saltando por las terrazas. Madison lo vio a la luz de un relámpago tan claramente como si fuese de día.

El conserje también lo vio a él.

Y no fue eso solo, sino que se fijó en un detalle que le hizo estremecer. Aquel hombre, que se había presentado como médico, estaba descalzo. Era exactamente igual que Biskell, el fugitivo.

Cien relatos de horror leídos en los periódicos, cuando se vio el juicio contra Biskell y éste fue condenado a muerte, acudieron en un solo instante a la memoria del conserje.

—Per... pero... —balbució.

Madison se movió con la velocidad de un animal de la selva, salvando en sólo dos saltos la distancia que le separaba del conserje.

Éste no vaciló ni un segundo más. Abrió fuego.

El estampido se confundió con el bramido de un trueno, cuando el rayo pasaba entre las torres de dos rascacielos.

Madison se arrojó al suelo porque adivinó la intención de su adversario. Sabía que éste iba a apretar el gatillo. La bala pareció resbalar en los charcos de la terraza y se perdió con una especie de chapotea Siniestro junto a una de las barandillas. Madison dio dos vueltas sobre sí mismo mientras el conserje disparaba otra vez, no extinguidos aún del todo los fragores del trueno.

A Norma, desde dentro, le pareció oír el segundo estampido, pero no estuvo segura.

El conserje fue a disparar otra vez, pero ahora la oscuridad era casi completa. Después del relámpago, parecía como si las tinieblas más espesas se hubieran desplomado sobre el rascacielos. Madison desapareció como un gato mientras el otro intentaba ver.

Sólo acertó a distinguir, atónito, una parte de la espalda del fugitivo, que se perdía saltando entre las terrazas como un auténtico felino.

El conserje lanzó un grito gutural y corrió en su persecución, mientras levantaba la pistola de nuevo.

No llegó a usarla.

De pronto una mano brotó de las tinieblas, cuando pasaba junto a la barandilla, y con un aullido infrahumano el conserje del edificio fue lanzado hacia los abismos.

CAPÍTULO XI

Treinta metros más abajo, había una segunda terraza desde la cual también se divisaba una soberbia perspectiva de Manhattan.

Pero aquel hombre no llegaría a verla nunca. Su cuerpo se estrelló contra el suelo, su cabeza produjo un estallido, e instantáneamente el agua que caía sobre él empezó a teñirse de rojo.

Quedó allí quieto, muerto, como un muñeco desarticulado.

El piso al cual correspondía aquella terraza estaba dedicado a oficinas, y no había nadie a aquella hora de la madrugada. El chasquido del cuerpo al caer no produjo la menor alarma.

A Nora le pareció oír aquel grito mezclado con el fragor del trueno, pero tampoco estuvo segura de no haber sido engañada por sus sentidos.

Toda la ciudad parecía temblar, iluminada tétricamente por los relámpagos, y resultaba casi imposible distinguir los ruidos mezclados al fragor de la tormenta.

Pero casi estaba segura de que había sido un grito humano. Un grito de agonía y de horror.

Con una loca esperanza haciéndole saltar el corazón, asió de nuevo el teléfono.

—Óigame... Óigame...

Nadie le contestaba desde arriba, desde el laboratorio fotográfico donde debía encontrarse el asesino.

Las esperanzas de Nora se confirmaron. Contuve la respiración, esperando que alguien contestase.

El timbre automático, arriba, sonó de una manera insistente e inútil. Nadie descolgó el auricular.

Nora exhaló un suspiro. Era horrible alegrarse de una cosa así,

pero no podía evitarlo. Ahora estaba libre y ya no corría ningún peligro. El asesino se había precipitado hacia los abismos al hacer cualquier movimiento imprudente.

Ya no la amenazaría más.

Ahora sólo se trataba de esperar hasta el amanecer, a que llegara el ayudante del doctor Patrick.

Recobrando la agilidad casi de pronto, se puso en pie y caminó hacia donde creía haber visto un mueble bar cuando entró en la casa.

Lo encontró.

Era una magnífica pieza de plata y caoba, que se abría oprimiendo un resorte. Nora tuvo la suerte de encontrarlo pronto, porque se sentía desfallecida.

Destapó varias botellas, oliendo su contenido, hasta dar con una que contenía *brandy*.

En contra de su costumbre bebió a chorro, abrasándose la garganta y manchándose las ropas. Pero al terminar se sintió mucho más fuerte y animada que antes.

Pensó que tenía que salir de allí.

Ahora que no corría peligro, podía descender por las escaleras, sujetándose a la barandilla y tanteándolas una a una. ¿Qué importaba si se pasaba así toda la noche? Tenía tiempo. Aguardaría en el vestíbulo al ayudante del doctor Patrick. Allí, junto al conserje, se sentiría completamente segura.

Tanteó, buscando su bolso.

¿Dónde lo había dejado?

Con las manos por delante, como una sonámbula, fue al sitio donde estaba antes. Tampoco. Empezó a pensar entonces si el doctor Patrick no se lo habría llevado al dormitorio.

Tuvo miedo.

¿Pero por qué vacilar? Ahora el cadáver de Laxon no estaba en la butaca. Podía palparlo todo con completa tranquilidad. Ninguna sorpresa le aguardaba en la gran casa vacía.

Avanzó, tanteando.

Una puerta, dos... El silencio parecía poder palparse, como si fuera también una cosa física. Llegó a lo que calculaba era el dormitorio. Se desvió, avanzando unos pasos hacia la derecha.

La butaca.

La tanteó con el pie, mientras se inclinaba, antes de depositar sus manos en ella. Y de pronto el horror.

El horror como una cosa cálida, viscosa, penetrante, que resbalara poco a poco por su espalda.

Porque acababa de palpar el delgado estilete clavado en la nuca de Laxon. Y, junto al estilete, todo lo demás.

El cadáver de Laxon, al ser empujado involuntariamente por la ciega, cayó blandamente a tierra.

CAPÍTULO XII

—¿No os parece que ese cadáver se ha movido?

—¿Pero qué dices, loco?

—Tú ves visiones. ¡Si está más muerto que Noé! ¡Si van a enterrarlo dentro de unas horas!

Los hombres que rodeaban el féretro se miraron estupefactos. Una extraña, una inquietante mueca flotaba en sus rostros.

Fue Bentham el primero en reaccionar.

—Ha sido el relámpago —dijo.

—¿Qué relámpago ni que...?

—La luz de un rayo proyecta sombras a través de las ventanas —susurró—, y hace que las cosas parezcan moverse. No me extraña que en el rostro del, muerto haya aparecido lo que podía confundirse con una mueca.

El que había hablado antes dejó caer el periódico a sus pies. El periódico estaba abierto por las noticias de Bolsa.

—No es sólo eso —musitó.

—¿No?...

—Antes me ha parecido oír un grito de agonía. Bentham rió silenciosamente.

—Bueno, no creerás que ese grito lo ha lanzado el cadáver que estamos velando —susurró.

—Ese cadáver ha estado mucho tiempo solo.

—¿Qué pretendes decir?

—Que..., que a veces salimos a tomar el aire fresco y... Bentham volvió a reír.

—¿Y piensas que, al quedarse solo, el muerto se levanta y empieza a lanzar gritos de agonía?, ¿no?

—Ya comprendo que es absurdo, pero...

Pero el hombre no podía estar tranquilo, eso era evidente. Se acercó al cadáver y le puso las manos en las sienes.

El frío que a través de aquella piel se transmitió a sus manos, fue sencillamente espantoso.

—¿Dudabas de que está realmente muerto? —preguntó burlonamente Bentham.

—Perdonad. Ya sé que es ridículo, pero..., ¡pero no puedo resistirlo!

Bentham se puso en pie y caminó unos pasos a lo largo de la espaciosa sala, con las manos unidas tras la espalda.

—Esto es ridículo —musitó—. Todos nosotros somos financieros, hombres acostumbrados a las jugadas de Bolsa y habituados a las emociones más fuertes que puede sentir un hombre, que son las de ganar o perder una fortuna en una sola mañana. Sin embargo, estamos poniéndonos nerviosos por la simple presencia de un muerto, una persona, además, a la que todos conocíamos bien. Estamos aquí velándole y cumpliendo el último deber de amistad. ¿A qué viene toda esta comedia? ¿Por qué hemos llegado a pensar que el pobre puede levantarse, o tonterías por el estilo?

Hizo un ademán y añadió:

—Le hemos dejado solo muchos ratos, cierto, pero ¿es que los muertos se levantan cuando uno no los ve?

—No lo sabemos —dijo lúgubrementemente el del periódico—. Precisamente en los momentos en que nadie, los ve, nadie sabe lo que hacen.

—¿Pero de qué tonterías estás hablando?

—¿Quién nos habla del reino de los muertos? Nosotros decimos: «Esto es absurdo», o «Aquello no es posible», sin darnos cuenta de que nos referimos siempre a la vida, pero no a la muerte. Nadie ha entrado en el reino del Más Allá y ha vuelto después. ¡Nadie, nadie absolutamente! ¿Por qué hemos de suponer que hay cosas que nunca suceden?

—Porque nunca suceden —dijo calmamente Bentham.

—¡Tú qué sabes! Tú dices eso porque tienes nervios fríos como el hielo, pero en realidad...

—Al menos —susurró Bentham—, reconocerás que entre los muertos y nosotros no puede existir comunicación. Es decir, entra en lo posible que ellos hagan esto o aquello, pero nosotros no lo

sabemos, Cuanto hacen los muertos, si es que hacen algo, resulta invisible para nosotros.

—Excepto en determinados momentos —dijo el del periódico temerosamente—. Reconocerás que esta noche se ha juntado todo para dar una impresión de pesadilla.

—Es cierto.

Los que velaban el cadáver quedaron silenciosos un momento.

—Pero, en fin —dijo Bentham—, ¿para qué hablar más de eso? Vamos a ocuparnos de cosas más interesantes, puesto que estaremos aquí durante toda la noche. ¿Tú, Pierce, no estabas leyendo en ese periódico la sección de Bolsa? He visto que cuando se te ha caído estaba abierto justo por esa página.

—¿Sí?... Te fijas mucho. ¿Y qué?

—Nada, hombre, no estés tan nervioso. ¿Dice el periódico alguna cosa interesante?

—En las páginas de Bolsa da una noticia extraordinaria. Laxon ha comprado acciones de una importante compañía naviera. Parece mentira. No se ocupa de nada, excepto de perseguir mujeres, y sin embargo el volumen de sus negocios aumenta cada día.

—Es una cuestión de confianza —dijo Bentham.

—¿Qué quieres decir?

—La gente tiene confianza en él, y por eso las acciones de sus empresas se mantienen en la Bolsa y no pierden puntos, aunque de vez en cuando los dividendos no sean satisfactorios. Los accionistas piensan que Laxon entiende de negocios marítimos y que siempre triunfará. Saben también que no tiene escrúpulos, y eso inspira mucha confianza en el mundo de los negocios.

—¿Escrúpulos? Ninguno de nosotros los tenemos —dijo otro de los financieros que se encontraban allí.

—Ni el muerto los tenía —añadió otro.

—Laxon menos que nadie —dijo Bentham.

—¿Menos que tú?

Bentham se mordió los labios.

Todos estaban allí velando al muerto, pero en el fondo todos eran rivales y enemigos.

A poco que la conversación continuara por aquel camino, el velatorio terminaría en una pelea.

Por eso cambió ligeramente de tema.

—Es raro que Laxon no haya venido —dijo—. Conocía al difunto.

—Y vive arriba, ¿verdad?

—Sí. Realmente no le costaba demasiado trabajo descolgarse por aquí a hacernos compañía un rato.

—Seguro que está con una mujer.

—Eso es lo que pensamos todos.

Bentham se encogió de hombros y musitó:

—Bueno..., ¿a nosotros qué nos importa? Lo que haga Laxon no es asunto nuestro. Voy a salir fuera a tomar un rato el aire fresco. Aquí me ahogo.

Salió de la habitación.

Esta vez Nora no pudo evitar el grito, un grito de horror que normalmente se hubiera oído en los otros pisos, pero que fue ahogado, como tantos otros sonidos, por el fragor impresionante del trueno.

La tempestad aumentaba su furia a cada momento, y a través de las ventanas no se veía nada a causa de la espesa cortina de agua que se desplomaba entre los rascacielos.

Claro que eso a Nora no le importaba, porque ni siquiera podía ver lo que tenía a sus pies.

Moviéndose, rozó con el muerto.

Retrocedió poco a poco, moviéndose en el mar de tinieblas a que la había condenado la venda en los ojos. Cuando su espalda chocó contra una de las paredes, se detuvo jadeante, como si hubiera estado realizando un terrible esfuerzo.

Angustiosamente, intentó pensar.

La presencia del cadáver allí significaba que el asesino se movía con libertad dentro del departamento. Había ocultado el cadáver y luego lo había vuelto a colocar en la butaca. Eso significaba que ya sabía que estaba sola. Eso significaba que podía matarla en cualquier momento, con sólo molestarse en acercarse a dos pasos de ella y clavarle el estilete donde más le gustara.

¿Por dónde entraba el asesino?

Nora no podía saberlo, pero era fácil que hubiese en el departamento una entrada de servicio. Es más, lógicamente tenía que haberla. Y el asesino se movería a través de ella con la mayor libertad.

Siendo así, ¿por qué no la mataba?

¿Por qué no eliminaba aquel estorbo de una vez? ¿Qué satánico juego era aquel de ocultar y mostrar el cadáver?

De pronto Nora oyó un ruido.

Un ruido que sonaba frente a ella, en la oscuridad, como si alguien se acercase poco a poco.

Alguien que caminaba igual que un gato... Nora retrocedió, palpando las paredes.

El sonido se reprodujo. Oía una respiración anhelante que se aproximaba a ella.

¡El asesino! ¡El asesino estaba allí!

Nora pensó en su hijo, en su pobre hijo que ya no recibiría ayuda cuando más la necesitaba.

Fue a caer de rodillas, gimiendo, cuando en ese momento llamaron a la puerta.

CAPÍTULO XIII

—¡Abran! ¡Policía!

Nora sintió que se doblaban sus rodillas y cayó a tierra. ¡La policía estaba allí! ¡Era un milagro! ¡Se había salvado!

Sollozando, avanzando de rodillas a través de la habitación, llegó hasta la puerta del vestíbulo.

Durante unos segundos oyó aún la respiración jadeante tras ella y pensó desesperadamente que el asesino iba a alcanzarla, pero pronto aquella respiración se perdió en las tinieblas.

Hizo girar el pomo de la puerta. Aunque no pudo verlos, presintió que había varios hombres frente a ella.

—Policía —repitió uno de ellos.

—Gracias... a Dios.

Varios hombres entraron. Cuatro en total. Eran agentes uniformados de la Metropolitana y llevaban las manos descansando sobre las fundas de sus pistolas.

—¿Quién es usted? —preguntó uno de ellos.

Nora no podía verle, pero aquel hombre era Malcomb, un sargento de patrulleros.

—Me llamo Nora...

—¿Es la inquilina de este apartamento?

—No... Claro que no.

—¿Dónde está míster Laxon? Nora suspiró:

—Muerto...

—¿Qué dice?

—Lo he explicado antes al doctor Patrick, médico, pero tampoco ha querido creerme. El sargento Malcomb gruñó:

—Muchachos, registrar el apartamento.

Mientras los demás obedecían, él se quedó junto a Nora.

—¿Tiene usted algún documento de identidad, señorita?

—Señora —rectificó ella suavemente—. Soy viuda.

—Confieso que no lo parece. Pocas mujeres se ven con un aspecto tan juvenil como el suyo. ¿Qué le ocurre en los ojos?

—Acaban de operarme. Una intervención sin demasiada importancia, pero tengo que llevar los ojos vendados por lo menos hasta la primera cura. En cuanto a los documentos de identidad..., se los mostraré en cuanto sus hombres encuentren mi bolso.

—¿Dice que la ha operado un doctor llamado Patrick?

—Sí.

—¿Tiene su número de teléfono? Sin duda lo recordará. Nora lo recordaba, en efecto.

El sargento descolgó el auricular.

—Será inútil, han cortado la línea —se apresuró a decir Nora, al oír el sonido.

—Lo sé, pero hemos hecho una conexión. Nos ha llamado la telefonista temiendo que al conserje pudiera haberle ocurrido algo. Por cierto, ¿lo ha visto usted por aquí?

Se fijó entonces de nuevo en los ojos vendados de la mujer y susurró:

—Perdone...

Se había establecido ya la comunicación. A pesar de lo avanzado de la hora, el doctor Patrick no tardó en responder.

—Dígame.

—Le habla el sargento Malcomb, de la policía Metropolitana. ¿Ha operado usted hoy a una cliente suya llamada Nora?

—Sí. ¿Ocurre algo?

La voz de Patrick reflejaba alarma.

—No. A ella no, por supuesto. Pero se encuentra en un apartamento que no es suyo, y dice que hay un muerto en él. ¿Puede usted orientarnos con relación a eso?

Se oyó el suspiro de cansancio del doctor Patrick.

—Ya dijo antes algo parecido, pero es una tontería. Habla de un hombre, aunque no muerto. Por descontado, no hay ningún cadáver ahí. ¿Algo más?

—Nada, gracias.

El sargento Malcomb colgó, dirigiendo una mirada de soslayo a Nora. En aquel momento regresaban sus hombres.

—Nada, jefe.

—Ni hablar de muertos.

—¿No hay sangre?

—Ni una mancha.

Nora estaba atónita, crispada, pensando que no pudieran creerla. Pero se hubiera inquietado mucho más aún caso de llegar a ver la mirada burlona que flotaba en los ojos del sargento Malcomb.

—¿Habéis mirado las terrazas? —preguntó.

—Es inútil... —susurró Nora—. El cadáver estaba dentro.

—Sí, claro.

—¿Es que... no van a creerme?

—Por descontado que sí, señora. Todas sus manifestaciones tienen para nosotros el mayor interés. Mirad por las terrazas, muchachos. Lo siento, pero habrá que mojarse.

Los agentes salieron, y el sargento quedó otra vez a solas con Nora.

—Perdone —susurró—. ¿Hace mucho que es viuda?

—Dos años.

—¿Amaba a su marido?

—¿Por qué... me pregunta eso?

—Es una tontería, pero contésteme.

—Le quería..., le quería porque me acostumbré a él. Mis padres consideraron que era el esposo ideal y nos casamos. Pera durante años mi corazón perteneció a otro. Eso... no tiene ahora demasiada importancia.

—Lo comprendo.

—¿Por qué me ha hecho una pregunta tan extraña?

El sargento pensó: «Para encontrar una explicación al desequilibrio nervioso que sin duda sufres», Pero como no se atrevió a decir eso en voz alta, explicó tan sólo:

—No tiene importancia. A veces los policías hacemos esas preguntas tan extrañas por pura rutina. ¿Quién era el muerto, según usted?

—Laxon.

—¿Lo ha visto?

—Claro que lo he visto. Antes de que me operara el doctor Patrick.

—Y él, en cambio, no lo ha visto, ¿verdad?

—¿Qué pretende decir? El sargento sonrió.

—Nada.

En aquel momento, los agentes inspeccionabais metódicamente las terrazas.

Uno de ellos, a la luz de un relámpago, vio el cadáver descoyuntado del conserje varios pisos más abajo.

CAPÍTULO XIV

El agente que había hecho el macabro descubrimiento volvió empapado al vestíbulo para llamar:

—¡Sargento Malcomb!

—¿Qué ocurre?

—Ya hemos descubierto ese cadáver. La mujer no mentía del todo. Está unos pisos más abajo, en una terraza.

Nora lanzó un suspiro.

—De modo que lo han hallado al fin...

—Es el conserje o vigilante nocturno de la casa —informó el mismo policía—, o al menos así lo parece por el uniforme.

Nora abrió la boca con expresión de angustia.

—No es ése.

—¿Qué quiere decir?

—El cadáver de que yo hablo es el de Laxon, el inquilino de este apartamento. No tiene ningún parecido con el vigilante de noche. Además, le habían clavado un estilete muy fino en la nuca, y por eso no se había derramado una gota de sangre.

—¿Cómo puede afirmar eso con tanta seguridad si de momento está usted ciega? —preguntó Malcomb.

—He tropezado con ese cadáver hace unos momentos —susurró Nora.

Malcomb se encogió de hombros, mientras hacía un gesto de resignación mirando a su agente.

Nora lo adivinó.

—¿Es que no me creen? —preguntó en un susurro.

—¡Oh, claro que la creemos! Usted nos ha hablado de un cadáver, y el cadáver está abajo. Es más que probable que lo hayan lanzado desde aquí, pero usted no ha oído nada, ¿verdad?

—Nada... Claro que no. Es decir, no estoy segura.

—Sin embargo, sí que está segura de que el muerto era otro. En fin, todo se aclarará. Y entre otras cosas aclararemos por qué está usted aquí, no se preocupe. Ahora vamos abajo.

—Por Dios... —musitó Nora.

—¿Qué ocurre?

—Llévenme con ustedes. No me dejen aquí.

—¿Por qué?

—¿Es que no se dan cuenta? ¡El asesino puede estar aún aquí! ¡Me matará si me dejan sola!

—Acabamos de registrar el apartamento —dijo abruptamente Malcomb—. Donde puede estar el asesino es abajo, y no voy a correr riesgos inútiles. Quédese aquí hasta que subamos dentro de unos minutos.

—¡Pero no pueden hacer eso! ¡No pueden dejarme sola!

Nora se retorció las manos angustiosamente, dándose cuenta de que no la creían.



—¡El asesino está aquí! ¡Tienen que darse cuenta!

—No vamos demasiado lejos —susurró Malcomb—, pero para que esté tranquila dejaremos a un agente de guardia en la puerta.

Nora suspiró.

—Está bien. Con eso es bastante, gracias...

Los hombres salieron. Uno de los agentes fue a quedarse junto a

la puerta, pero Malcomb le hizo un gesto.

—No te quedes —cuchicheó—. ¿No ves que está medio trastornada? Todo lo confunde. Hay que registrar a toda prisa el apartamento de abajo y os necesitaré.

¡Vamos!

La puerta se cerró.

Nora se sintió más tranquila, al pensar que había un agente de guardia a pocas yardas de allí, y se dejó caer sobre una de las butacas, después de palparla.

Se llevó la mano derecha a la frente, que le ardía, y extendió el brazo izquierdo hacia un lado del sillón.

Fue entonces cuando sus dedos tocaron algo. Algo mojado, viscoso, espantosamente frío.

La mano de un hombre.

Nora no tuvo fuerzas esta vez ni para lanzar un grito. Quedó paralizada, rígida, sin aliento, sintiendo que la angustia subía y bajaba a través de su pecho como una cosa física.

La mano que tocaba estaba fría, y bastaba rozarla para comprender que se trataba de la mano de un cadáver.

Estaba mojada. Las gotas de agua resbalaban por ella. Instantáneamente, Nora comprendió.

El asesino lo había colgado del exterior cuando entraron los policías. Hubo de obrar con una gran rapidez, pero de todos modos le había quedado tiempo. Abrir una de las ventanas y colgar el cadáver por el cuello valiéndose de un cinturón, como si fuese un ahorcado. El otro extremo del cinturón podía asegurarse en cualquier sitio no demasiado visible. Ninguno de los policías había abierto las ventanas, porque a ninguno de ellos se le ocurrió que pudiera haber alguien colgado del exterior, a aquella altura.

De haber mirado, habrían encontrado sin duda al asesino y la víctima. La víctima colgada por el cuello; el asesino pegado al borde de la ventana, soportando impávido las ráfagas de lluvia.

Era lo mismo que, a mucha distancia de allí, habían visto dos borrachos sin que ella lo supiera.

Y ahora el asesino había vuelto a entrar. Ahora estaba allí.

Nora se puso en pie lentamente, muy lentamente, sintiendo como si sus nervios crujieran.

Aguardó en cualquier momento la puñalada o las manos que la

estrangularían sabiamente, pero nada de eso llegó.

A su alrededor flotaba el silencio.

Locamente pensó que podía llegar a la puerta y llamar al agente que estaba de guardia allí. Pero no. El asesino no le daría esa oportunidad.

Respiró jadeante.

Sabía dónde estaba la puerta. Sabía que ésta se hallaba solo a unos once pasos a la izquierda.

Poco a poco avanzó a través de las tinieblas. Nadie la molestó. Cuando llegó a tocar el pomo de la puerta, casi no podía creerlo.

Tal vez el asesino no quería causarle daño. Tal vez, después de todo, había sentido lástima de ella. Abrió la puerta y susurró:

—Gracias a Dios... Venga, por favor, agente. Nadie le contestó.

Atónita, Nora palpó la pared del vestíbulo, sin encontrar a nadie. Fue entonces cuando se dio cuenta, con horror, de que todos los policías habían bajado a registrar el otro apartamento. Ella estaba tan sola como antes, tan sola otra vez como en una isla desierta.

En aquel momento se puso a repiquetear insistentemente, dentro de la habitación el timbre del teléfono.

CAPÍTULO XV

Podía ser una ayuda.

Nora no se sentía capaz de descender a ciegas por las escaleras, sin saber siquiera dónde estaba el departamento al que habían bajado los policías. Además en las escaleras cualquiera podía empujarla, y el asesinato parecería un accidente.

¿Gritar?

No. Gritar sería inútil porque todo el inmenso rascacielos parecía sacudido por los truenos, en una de las tempestades más violentas que ella recordaba. Una persona con visión normal hubiera podido gritar aprovechando el momento en que no hubiese ningún trueno, pero Nora no estaba en situación de hacerlo.

Mientras, el sonido del timbre seguía llegando hasta ella, en los breves intervalos que permitía el fragor de la tormenta.

Nora avanzó hacia allí, guiándose por el sonido como otras veces, y recogió el auricular.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó nerviosamente—. ¿Se da cuenta de que jugamos al gato y al ratón? Aún tiene una oportunidad de escapar, si es que no se ha vuelto loco.

Una voz desconocida susurró:

—¿Qué dices?

Aquella voz no la recordaba Nora, pero, sin embargo trajo a su memoria extrañas resonancias.

—¿Quién... eres?

—¿No te ha recordado nada mi voz, Nora?

—No sabría decirte. Es..., es como algo que perteneciese a otro tiempo. Pero no puedo recordar...

—Fred Madison.

Nora lanzó un ahogado gemido, mientras se llevaba una mano a

los labios.

—¡Madison!...

De pronto pensó que tenía que ser él el asesino. Sintió un lento estremecimiento.

—Fred... ¿Qué haces aquí?

El no contestó directamente. Su voz pareció llegar desde muy lejos cuando susurró:

—Debes pensar que ha pasado demasiado tiempo, Nora.

—Yo..., creo que me porté mal contigo, Fred. Creo que te dejé sin una explicación, sin una palabra. Obedecí a mis padres porque pensé que éstos tenían razón, y traté de olvidarte con todas las fuerzas de mi vida. No estoy segura de haberlo conseguido siempre.

Era extraño, pero le parecía como si sólo al hablar con Madison ya no hubiera de correr ningún peligro. Como si el cadáver de Laxon, que tenía a pocos pasos de ella no hubiera existido nunca.

—Yo tampoco estoy seguro de haberte olvidado —musitó él—, y la prueba es que no me he casado ni he querido jamás a otra mujer. Pero eso ahora carece de importancia.

—Sí —dijo ella, apretando los labios y queriendo mantenerse serena—. Carece de importancia.

Añadió con voz silbante:

—¿Cómo estás ahí?

—No he querido que me viese la policía. Esto es un laboratorio fotográfico muy bien montado. Un escondite magnífico.

—Fred..., ¿por qué no quieres que la policía te encuentre?

—Pueden acusarme de ser yo el hombre que mató al vigilante de noche lanzándolo desde una de las terrazas.

—¿Es que estabas ya aquí?

—He llegado hace mucho rato.

—Fred... ¿Por qué? Comprende que no entiendo nada de todo esto. Mi única y angustiosa pregunta ha de ser: ¿POR QUE?

—No comprendes por qué he venido, ¿verdad?

—Ésa es una de las muchas cosas que no comprendo. Sólo una de ellas.

—He venido porque soy el primer ayudante del doctor Patrick.

—El doctor Patrick... Pero él me dijo que vendrías a las seis...

—También fue eso lo que me dijo a mí, pero no pude evitar llegar antes al escuchar tu nombre.

—¿Cómo has entrado?

—No he entrado, Nora. Ella tembló.

—No comprendo...

—He saltado a través de las terrazas —dijo él suavemente—, pero no he tenido ocasión de entrar.

—¿Saltar a través de las terrazas? ¿Te has dado cuenta del peligro que corrías?

Fue una frase impulsiva, que no pudo evitar, y que la sorprendió a ella misma porque le delató bruscamente la existencia de algo en lo que ya no quería creer.

—Tengo práctica —dijo él—, y además me he descalzado. No corría ningún peligro.

—Fred... Entonces...

—Vas a decirme que entonces debo haber visto al asesino, ¿verdad?

Ella se mordió los labios angustiosamente, pero no se atrevió a pronunciar la palabra «asesino» por si lo tenía a su espalda.

—Eso es lo que iba a decir —jadeó.

—Lo he visto.

—¿Todo?

—Todo.

—Fred...

—Habla, Nora. Y no estés tan asustada. Se te nota el nerviosismo en la voz. Intenta calmarte y piensa que yo estoy aquí para ayudarte; que haré lo que sea.

—Entonces baja, Fred.

—Bajaré en seguida. ¿Dónde estás? En el vestíbulo, supongo. Ahí se encuentran los teléfonos, ¿verdad?

—Sí.

—No te muevas.

—No lo haré, Fred.

Colgó el teléfono, mientras una loca esperanza anidaba en su debilitado corazón.

Ni por un momento se le ocurrió pensar que podía haber dado una cita al propio asesino.

Abajo, el sargento Malcomb y los policías estaban quietos bajo el diluvio, mirando el cadáver.

—No presenta señales externas de violencia —dijo Malcomb—.

Lo que le ha causado la muerte ha sido caer desde la terraza superior.

—¿Lo volvemos?

—No. Que nadie lo toque. Eso lo dejaremos para el forense.

—Se va a poner hecho una sopa, el tío. Malcomb gruñó:

—Me alegro. Que se pudra.

Entró de nuevo en el apartamento destinado a oficinas, cuya puerta habían tenido que violentar, y descolgó uno de los teléfonos, poniéndose en comunicación con la Brigada de Homicidios.

—Malcomb. Ponme con el teniente Sidney.

Unos minutos después, el sargento de patrulleros había dado el informe. Sabía que dentro de muy poco tiempo aquello sería un hervidero. Cuando él descolgó el teléfono, debían estar ya sacando al forense de la cama. Que se pudriera, cuerno.

Uno de los agentes se acercó a él.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Registrad el departamento. El culpable, sea quien sea, puede haberse escondido aquí. Es el mejor sitio.

—¿Qué piensa de la chica que hay arriba?

—Que está así.

E hizo una expresiva seña con las dos manos, dibujando unas imaginarias curvas en el aire.

—Que está así ya se ve, pero me refiero a la cabeza. ¿Cree que miente o que está loca?

—Lo sabré cuando haya verificado la llamada al doctor Patrick. Antes me ha dado el número ella. Ahora veré si es auténtico. Una comprobación obligada, claro.

Tomó la guía telefónica de uno de los estantes, copiando el número y llamando a continuación. Le cito testó el mismo doctor Patrick. La verificación era correcta.

—Gracias —dijo Malcomb, colgando.

—¿Sí?... —preguntó el agente.

—El vendaje que lleva es auténtico. No parece sospechosa, por lo tanto, pero creo que está equivocada en lo del segundo muerto. La sacaremos de aquí en cuanto hayan llegado los otros. Ahora es necesario registrar todo esto. ¡Rápido!

Con la pistola en la mano, para prevenir cualquier posible sorpresa, los agentes obedecieron. Hasta casi quince minutos

después no regresaron junto a Malcomb, que había estado registrando las terrazas.

—¿Nada?

—Nada, sargento.

Malcomb se acarició la barbilla.

—Es extraño. Seguro que el asesino está aquí, y además en los pisos superiores. Ha podido salir después de asesinar al conserje, pero no es probable, entre otras cosas porque hubiéramos visto huellas de pies mojados en el vestíbulo.

—Las había.

—Pero yendo desde la puerta a los ascensores, no desde los ascensores hasta la puerta.

—Cierto —susurró el agente.

—Por tanto el asesino tiene que estar aquí.

—¿Pero dónde?

Malcomb volvió a acariciarse la mandíbula.

—La lástima es que no dispongamos de un plano de este maldito rascacielos. Ni siquiera tenemos una lista de inquilinos.

—Cargue ese trabajito al teniente cuando venga, sargento.

—Sí, pero me gustaría que el asesino no pudiera escapar mientras tanto. ¿Dijiste a Burton que no se moviese del automóvil y que vigilara la puerta del edificio?

—Claro que sí, sargento. Y Burton no quitará ojo, se lo aseguro. Es un buitre.

—Baja tú para más seguridad. Quiero que te quedes de plantón en el ascensor que hemos empleado, y que subas y bajes con él si alguien lo llama. Al tipo que agarres empleándolo, me lo enchironas en el coche patrullero hasta que yo vuelva.

—De acuerdo, jefe.

—Los otros que se distribuyan en la escalera y que sujeten también a cualquiera que se mueva a estas horas. Jackson que se quede conmigo para subir a la torre, al apartamento de Laxon. Si no fuera porque Riskell ha sido capturado hace muy poco, diría que el asesino es él, de tan escurridizo como parece.

—Sí, jefe.

El sargento volvió a acariciarse la barbilla pensativamente, mientras el agente desaparecía.

Gruñó, hablando consigo mismo:

—Lo más curioso es que el asesino tiene que estar en la parte superior del rascacielos y ha encontrado además un pretexto para moverse por él sin llamar la atención. No lo entiendo pero tiene que estar aquí...

Malcomb no sabía hasta qué punto tenía razón.

El asesino estaba allí, a unas yardas por encima de su cabeza. Nora lo estaba tocando.

CAPÍTULO XVI

Nora había avanzado a través de las tinieblas, buscando cerrar la puerta mejor, después de creer haber oído un ruido en ésta.

Tanteó una silla que hasta entonces le había servido de referencia.

No se dio cuenta de que aquella silla acababa de ser cambiada de sitio, para así desviar en parte a Nora del camino que hubiera seguido normalmente. No se dio cuenta tampoco de que así no caminaba hacia la puerta, sino hacia un gran diván que ocupaba todo un panel de pared, bajo una alegre sucesión de cuadros impresionistas.

El asesino estaba allí.

Estaba allí mojado, quieto, chorreando sus ropas aún el agua que habían tenido que soportar durante los largos minutos que pasó en el exterior, a un lado de la ventana.

Tenía los ojos entrecerrados.

Sólo las manos del asesino se movían en aquella absoluta quietud, acariciándose los largos dedos que iban a matar.

De pronto Nora percibió en su rostro una fuerte, una repentina corriente de aire.

No se dio cuenta de que una ventana, junto al diván, estaba abierta. Acababa de ser abierta por el asesino que descansaba junto a ella. Desde aquella ventana se veía la calle a una altura inmensa, come en el fondo de un pozo casi insondable.

Cualquiera que fuese arrojado desde allí moriría mucho antes de tocar el suelo, donde quedaría materialmente deshecho.

Y Nora caminaba en línea recta hacia aquella ventana, pero ella no podía verlo. El asesino se movió.

Sus ojos se dilataron un poco, mientras se ponía silenciosamente

en pie y crispaba las manos.

Todo iba a ser muy sencillo. En su fuero interno el asesino pensaba que iba a ser asquerosamente sencillo.

En aquel momento Nora tendió la mano derecha, creyendo sujetar el pomo de la puerta, y tocó la cintura del hombre.

—Fred... —dijo—. Fred...

Sus labios se iluminaron en una sonrisa de esperanza mientras musitaba:

—¿Ya estás aquí?

El hombre no contestó. Se apartó sólo un poco, muy poco, para que ella quedase frente a la ventana.

Nora palpó suavemente con su mano derecha el traje mojado, cosa muy natural, porque el mismo Fred Madison le acababa de decir que había tenido que estar fuera todo el tiempo. Aquella mano fue ascendiendo unas pulgadas, y de pronto se paralizó.

Una mueca de estupor se dibujó en los labios de Nora.

Hacía muchos años que no veía a Fred Madison, pero le parecía imposible que él pudiese tener ahora aquel vientre tan abultado, tan de buen vividor. Y no sólo era eso.

Más extraño le parecía que Fred Madison hubiera disminuido de estatura. Cuando ella le conoció, Fred era un hombre muy alto, casi atlético, y éste, en cambio, tenía el estómago casi sosteniéndole el corto pecho, lo que indicaba un tipo más bien bajo, sedentario, uno de esos hombres que se pasan la existencia sentados en una silla.

El que tenía frente a ella no era Fred Madison. Y, si no lo era, entonces sólo podía tratarse de...

Nora contuvo la respiración, mientras el grito de angustia pugnaba por brotar de su garganta.

... —¡Del asesino!

Sintió que unas manos ávidas se acercaban en tomo a su cuerpo, mientras era estrujada. Aquel buitre la acarició, palpó miserablemente su hermoso cuerpo antes de matarla. De pronto Nora fue empujada un paso hacia adelante, y se dio cuenta de que ante ella sólo tenía el vacío. Sus rodillas chocaron con el alféizar bajo de una ventana.

Una ráfaga de lluvia chocó contra su rostro.

Abajo se oía el rumor del tráfico como una cosa lejana, casi insensible, lo que indicaba que desde aquella ventana se caía

verticalmente sobre la calle, desde una inconmensurable altura.

Y entonces reconoció la voz, aquella voz que había oído por teléfono en las ocasiones anteriores.

—Vas a caer, nena... Va a ser una muerte dulce, después de todo... Te desplomarás sin ver el vacío y sólo sentirás que te falta la respiración, que te ahogas... Cuando llegues abajo ya no habrá sensaciones, nena... Todo habrá terminado en realidad mucho antes de que mueras.

—¿Por qué? —gimió ella—. ¿Qué daño he hecho yo? ¿Por qué?...

Las manos ansiosas del asesino, mientras la empujaban contra la ventana, seguían acariciando su cuerpo.

—Es necesario matarte, muñeca... Ya has sido un estorbo durante demasiado tiempo. Por tu causa se me han complicado las cosas más de lo previsto. En realidad al matar a Laxon yo calculaba que nadie se acercaría aquí durante toda la noche...

Nora se sujetó ansiosamente al alféizar, cara al vacío, mientras él seguía empujándola.

—¿Por qué mató a Laxon? —susurró, intentando ganar tiempo, aunque sabía que era inútil.

—Cuestión de intereses. Eso no te importa a ti, muñeca. Teníamos puntos de vista distintos y no me quedó más remedio que matarlo. El fin de su carrera significaba para mí cerca de un millón de dólares.

—Cielos...

Ahora ella ya sentía las ráfagas de lluvia en la cara, en el cuello. Sabía que si él la empujaba por las piernas la haría caer sin remedio. Pero el hombre que tenía a su espalda lo confiaba todo a la fuerza en lugar de a la habilidad, y el forcejeo trágico de los dos podía durar varios minutos más... o no durar nada.

—Pero yo nada tengo que ver con esto —susurró Nora—. Yo ni siquiera sabía a qué se dedicaba Laxon...

—Tú descubriste el cadáver de Laxos mucho antes de lo que convenía. Me interesa que nadie, absolutamente nadie, conozca lo de su muerte antes de mañana al mediodía, cuando se cierre la Bolsa de Wall Street.

—No lo entiendo...

—No lo entiendes porque no sabes lo que es la Bolsa, muñeca...

Tú solo sabes si una combinación de nylon es bonita o si unas medias van a durar... ¡Deliciosa sabiduría! Pero los hombres tenemos que ocuparnos de cosas mucho más sórdidas y concretas. Por ejemplo, el dinero... —lanzó una risita nerviosa, mientras apretaba a la mujer—. Si mañana al abrir la Bolsa se conoce lo de la muerte de Laxon, sus acciones bajarán verticalmente y yo perderé una fortuna. Tengo todo mi dinero invertido en las malditas empresas de Laxon... En cambio, si nada se sabe hasta la hora del cierre, yo habré tenido tiempo de vender mis acciones al precio de cotización. Como esos valores están en alza, me producirán una bonita fortuna... ¿No comprendes, preciosa? Mi gusto sería compartir esa fortuna contigo, solos los dos en mi chalet de Long Island, pero no puede arriesgarme. Con tu muerte, la atención de la policía se dispersará. No se dedicarán a buscar el cuerpo de Laxon por ninguna parte.

—Al contrario. Se equivoca, se equivoca completamente... Mi muerte complicará las cosas más aún. Se darán cuenta de que hay aquí un asesino...

—¿Por qué han de darse cuenta? Simplemente Empezarán que tú estás loca. ¿Por qué crees que, después de ocultar el cadáver, lo he puesto ante tus manos otras veces? Para que sólo tú conocieses su presencia. Entiéndeme... Sólo tú y no los otros. Tu médico creyó que estabas trastornada, y lo mismo creerá la policía. ¡Al ver tu cuerpo destrozado en la calle creerán que se ha matado voluntariamente una visionaria, una loca!

Nora lanzó un gemido ronco, ahogado, dándose cuenta de que estaba perdida, de que nada podría hacer por salvarse, de que iba a morir.

El hecho de ser ella una ciega favorecía aún más al asesino. Los que no creyeran en el suicidio, pensarían sin duda alguna que había caído casualmente por una de las ventanas.

Y aquello desplazaría, en efecto, la atención de la policía. Durante bastantes horas nadie se preocuparía de Laxon, un hombre que, por otra parte, tenía fama de pasar noches enteras en los camerinos de algunas artistas. Y al mediodía siguiente el asesino habría sellado su fortuna. Era un crimen casi perfecto, un crimen sin problemas.

Quiso gritar, y las fuerzas le fallaron.

La venda cayó de sus ojos, pero tampoco vio nada. Los cerró con una mueca de dolor, al sentir como un pinchazo en su fondo.

El asesino la sujetó por las piernas, levantándolas. Era el fin.

Lo que más lamentó en este trágico momento fue no ver al asesino cobarde, blando y repugnante, a aquel ser viscoso que aún se atrevía a acariciarla antes de enviarla a los abismos.

Pensó en su hijo, que tal vez moriría al amanecer por falta de cuidados, y sus fuerzas se centuplicaron. Se sujetó al alféizar y luego a los costados de la ventana. La lluvia le daba en el rostro con tanta fuerza que cortaba su respiración. Todo fue inútil.

Con un alarido, sabiendo que su cadáver quedaría irreconocible, Nora sintió que ya no podía sujetarse a ninguna parte, que sus fuerzas cedían, y fue arrojada al abismo.

CAPÍTULO XVII

Mezclado a su propio grito de angustia, Nora oyó otro más largo, más penetrante y más ronco. ¡El grito de rabia de un hombre que estaba aullando junto a su cabeza!

Esta sensación fue instantánea, duró apenas dos segundos. ¡De pronto alguien la sujetó! ¡Sus ropas fueron rasgadas cuando una mano de hierro la prendió por el vestido para que no cayera!

Fred Madison tiró de ella y la introdujo de nuevo en la habitación. Para hacer aquello con una sola mano se necesitaba una fuerza hercúlea, pero Fred Madison la tenía. Con la otra mano dio un empujón al asesino, que mientras aullaba cayó por tierra.

Nora cayó por tierra también, convertida en una bola suave cubierta de nylon, de prendas íntimas, de ajustadas medias que la hubieran hecho apta para la portada de una revista galante. Pero ninguno de los dos hombres que ahora luchaban a muerte junto a ella tenía tiempo para ocuparse de esas cosas.

Madison gritó:

—¡Has aparecido demasiadas veces retratado en las revistas financieras, cochino destripador, para que no te conozca! ¡Eres Bentham, uno de los viejos socios de Laxon!

¡Claro que tenías un buen escondite para rehuir a la policía! ¡No sólo el laboratorio fotográfico del piso superior, sino el velatorio de uno de tus amigos! ¿Quién iba a sospechar de Bentham, el honesto financiero que además estaba velando a un cadáver?

Bentham, ciego de rabia, se lanzó hacia él, empuñando un delgado estilete como el que le había servido para matar a Laxon. Logró rasgar todo el brazo derecho de Madison, pero éste le retorció la muñeca salvajemente, obligándole a soltar el estilete mientras lanzaba un aullido. La clave de judo aplicada por Madison fue cruel,

implacable, pero ni él mismo se dio cuenta de lo cerca que estaban ambos de la ventana fatídica. Cuando Bentham salió proyectado hacia atrás, Madison se dio cuenta de lo que aquello significaba por el aullido inhumano de su enemigo. Luego nada. Luego sólo aquella ventana negra, alucinante, por la que Bentham caía aullando y haciéndose más pequeño cada vez...

Fred Madison, sudoroso y jadeante, levantó a la mujer tomándola en sus brazos.

Abajo, en la escalera, se oían muy lejanas las pisadas de los policías, que subían a todo tren.

Pero aún tardarían en llegar al menos cuatro minutos.

¡Cuatro minutos, diablos!

Cuando Nora y Madison cayeron uno en brazos del otro, se ve que ambos habían pensado esto a la vez.

EPÍLOGO

Jim, uno de los borrachos, se levantó poco a poco, vacilando, todavía con una botella en la mano, y echó un último trago antes de acercarse de nuevo al largavistas enfocado hacia el rascacielos.

Rudolf, desde la alfombra, donde perseguía una botella aún a medio consumir, levantó la cabeza.

—¡La maldita! Pues no ha ido rodando hasta debajo de una butaca... ¿Todavía se ve a aquel tipo colgado?

Jim aplicó su ojo derecho al cristal del largavista.

—No... Oye, yo no entiendo eso. El tipo aquel ya no está. Pero lo raro es que parecen estarlo celebrando.

—¿Quiénes?

—Un hombre y una mujer. Ahora se están besando, aunque muy suavemente por cierto...

Levantó una mano, como para exigir atención, y añadió:

—¡Diantre! Ahora ya no se besan con suavidad... ¡Ahora se besan los dos como fieras!

—¿Y qué habrán hecho con el muerto?

—Vete a saber —dijo Jim, mientras se pasaba la lengua por los labios—. A lo mejor lo han tirado abajo porque estorbaba.

—Es que la gente no tiene formalidad —gruñó Rudolf, mientras agarraba por fin la botella—. La mayoría de los que están levantados a estas horas es porque son unos borrachos.

—Seguro —dijo Jim.

Y volvió a caer sobre la alfombra él también, adentras pensaba melancólicamente en los que se besaban más allá de la lluvia, por encima de las miserias de Nueva York, a través de la distancia.

—¿No bebes? —le preguntó Rudolf.

—Lo siento, ya no tengo ganas.

Lo que tenía era envidia. Envidia del hombre y la mujer que a aquellas horas de la madrugada aún tenían aquellas ganas de besarse.

Y no era para menos, diantre.

Cuando Malcomb y sus pajarracos entraron en el departamento, tuvieron envidia también.

FIN

Joe Mogar
Crimen en Columbus
Circle



Precio: Aparecerá la próxima semana
7 ptas. en esta colección

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION



PUNTO
ROJO



Las mejores novelas de
acción, de horror y
de misterio.

Precio: 7'— plas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Selecciones



Una nueva colección
que sólo publicará éxitos

Los mejores novelas
editadas en la colección S. S.
durante 12 años.

EDITORIAL DE LA LUNA

COLECCION
CIRCULO ROJO



Los archivos po-
licíacos abiertos
para Usted.

CRIMEN, S. A.
LA MAFIA
ANTOLOGIA DEL CRIMEN
T-MEN
EL MUNDO DEL DELITO
LIBRO NEGRO DEL CRIMEN
HOLLYWOOD ES MI REINO
LOS AÑOS SIN LEY
LIBRO NEGRO DEL CASTIGO
SEPTIMO INFIERNO
OPERACION BERNHARD
EL ROBO DEL SIGLO
INTERVIENE SCOTLAND YARD
PATRULLA ESPECIAL
INTERPOL
LOS ASESINOS
DELITOS DE SANGRE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "TIMPINELA"

30 — Corín Tellado

SABIA

COLEC. "MADREPERLA"

32 — Jaime Burgos

LOS APUROS

DE UN DOCTOR

COLECCION "ROSAURA"

33 — César de Montemayor

CUALQUIER DIA

ES ESPERANZA

COLECCION "AMAPOLA"

34 — Mary Lerou

ME CASO CON UN TITULO

COLECCION "ALONDRA"

35 — Carlos de Santander

CORAZON DE VIVIAN

COLECCION "CAMBIA"

36 — María Teresa Sesté

DEBEN LA ARENA

COLECCION "CORAL"

37 — Corín Tellado

LA MASCARA DE UNA

MUJER

COLECCION "CORAL"

38 — Corín Tellado

ME VUELTO PARA TI

COLECCION "CORAL"

39 — Corín Tellado

MAQUET, NO ESPERES

COLECCION "BISONTE"

40 — Ail Regalado

AHI TIENE SU ASESINO

Col. "SERVICIO SECRETO"

41 — Keith Luger

LEIENDA DE UNA

MUJER MUERTA

COLECCION "BUPALO"

42 — M. Lafuente Estefanía

EL EQUIPO DE

KANSAS CITY

COLECCION "TEXAS"

43 — John Lack

CORAJE Y PLOMO

COLECCION "CALIFORNIA"

44 — A. Rolcost

LA REBELION DEL TAURO

COLECCION "COLORADO"

45 — M. Lafuente Estefanía

EN UN VAGON

DE FERROCARRIL

COLECCION "KANSAS"

46 — Clark Crittaker

LA HERRADURA MELLADA

Col. "HIEROS DEL OESTE"

47 — M. Lafuente Estefanía

CITA DE PISTOLERO

COL. "ASES DEL OESTE"

48 — Donald Curtis

UN REVOLVER PARA TI

COLEC. "BRAVO OESTE"

49 — Fidel Prado

UN CANDIDATO

A CADAVER

COLEC. "FUNTO ROJO"

50 — Silver Kane

UNA VOZ EN LA NOCHE

Col. "SELECCIONES S. E."

51 — Peter Debry

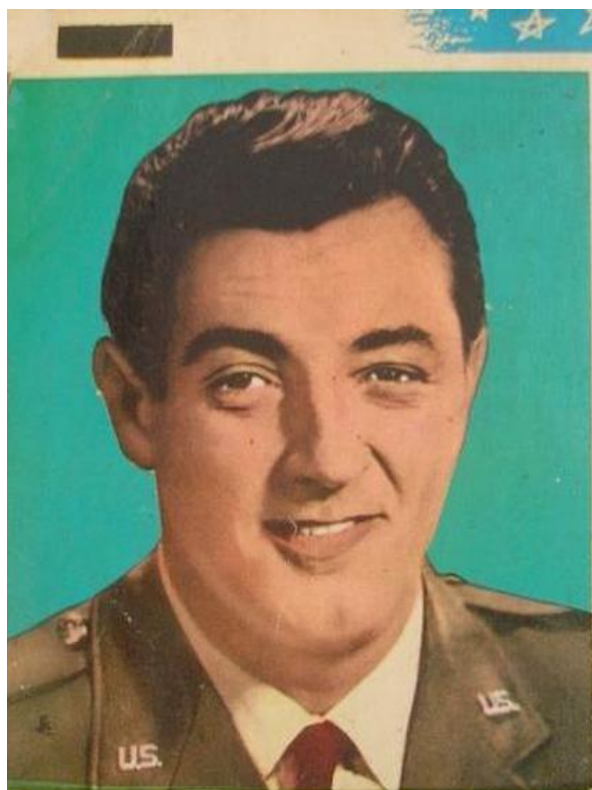
CONTRATO CON LA

MUERTE

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mera la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 446 - Buenos Aires



Robert Mitchum

El triunfador de "Con él llegó el escándalo" nació en Bridgeport (Connecticut), el día 6 de agosto de 1917. Su último film es "El cabo del terror" junto a Gregory Peck.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain